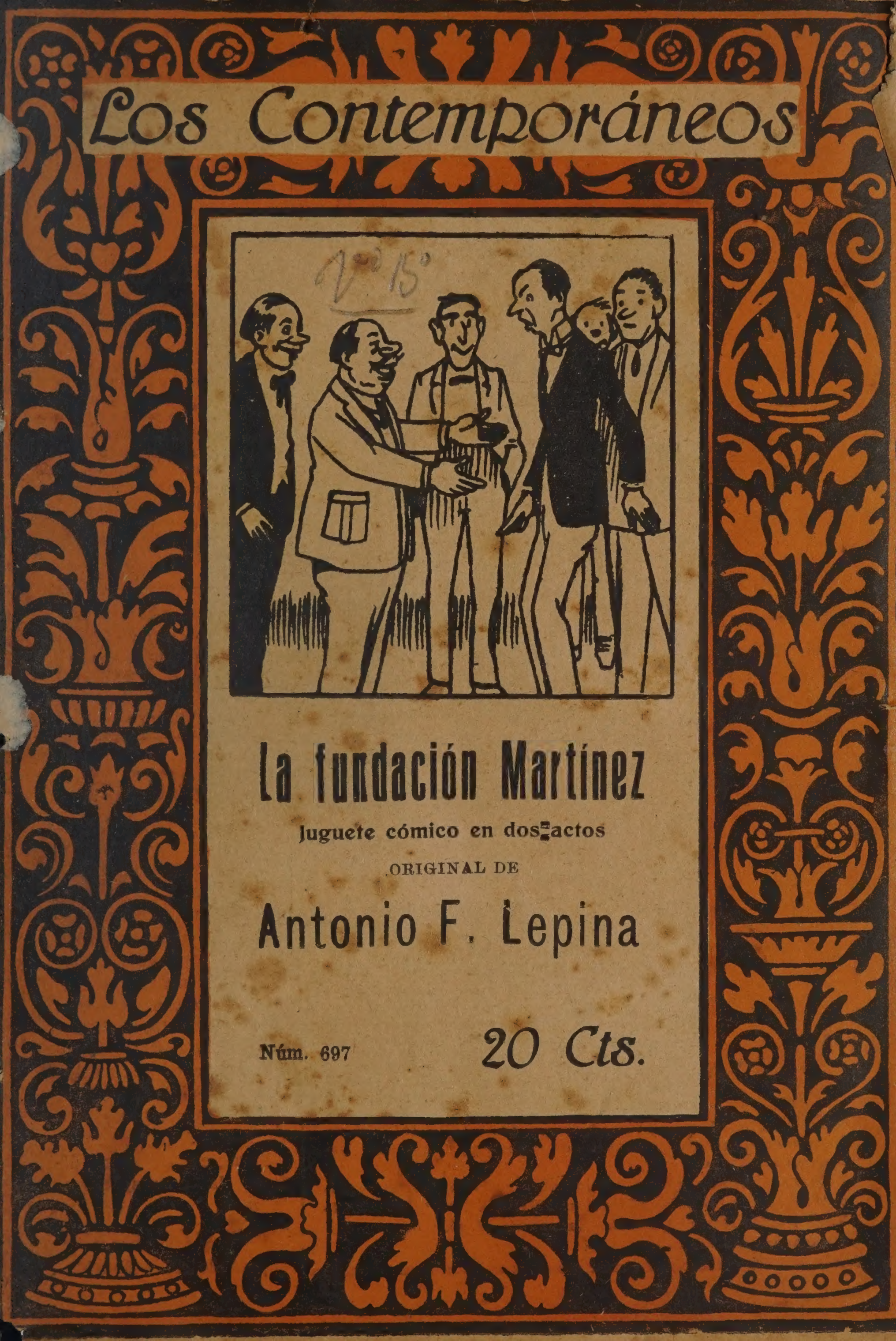


Los Contemporáneos

La fundación Martínez

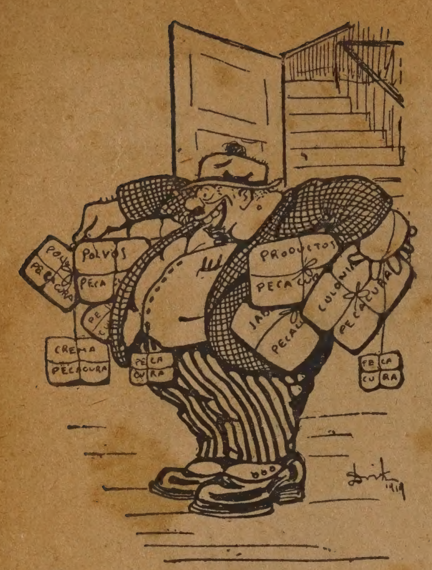
Juguete cómico en dos actos

ORIGINAL DE

Antonio F. Lepina

Núm. 697

20 Cts.



Ellas.—¿Qué será? ¿Qué no será lo que nos trae papá?
El.—Hijas mías, yo no sé; es lo mejor que encontré.

Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES
PRODUCTOS SERIE "IDEAL"

Acacia, Mimosa, *Ginesta*, Rosa de Jericó, *Admirable*, Manantial, *Chipre*, Rocío Flor, *Rosa*, Vértigo, *Clavel*, Muguet, *Violeta*, Jazmín. Jabón, 3; Polvos, 4, Loción, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas, frasco en estuche.
Cortés Hermanos.—(Sarriá). Barcelona

UNA SEÑORA

ofrece comunicar GRATUITAMENTE a todos los que sufren de: neurastenia, debilidad general, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis, asma, neuralgias y enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa, de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer.—Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy, en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación, cuyo propósito puramente humanitario, es la consecuencia de un voto.—Dirigirse únicamente por escrito a D.ª CARMEN T. GARCÍA, Salmerón, 167.—BARCELONA

DEBILIDAD SEXUAL

Se cura en el acto empleando el **Introductor pat.** Prospectos contra envío 0,30 pts. en sellos. Aparato contra pesetas 12. giro postal. A. Fichtner. Industria, 205, Barcelona.

PECHOS



A todas las Señoras y Señoritas, no importa su edad, que estimen en lo que valen unos pechos hermosos y bien desarrollados, les recomiendo mi

(Patentado) **DESARROLLADOR DE SENOS** (Patentado).

Un aparato ideal en el verdadero sentido de la palabra. Sin drogas y sin productos químicos perjudiciales puede toda mujer lograr unos pechos bien desarrollados y llenos, el atractivo principal de la belleza y de la gracia, sin perjudicar en lo más mínimo a la salud, como con frecuencia es el caso al usar drogas dañinas, gracias a un tratamiento sencillo y natural de curación y al cuidado adecuado del cuerpo.

Remito libre de gastos y bajo sobre cerrado, folleto explicativo a quien lo pida. Dirección: PRODUCTOS "CANDELITAS", Calle Bertrán, 104-C.—Barcelona, S. G. (Despacho de 3 a 5 todas las tardes).

FÓRMULAS

modernas, muy perfeccionadas y habiendo sido estudiadas prácticamente y sancionadas por el uso, las cedería a personas industriosas que deseen explotar por su cuenta, **barnices, pinturas, productos para la zapatería y el cuero, tintas tipográficas,** etcétera. Acéptanse también encargos para estudios especiales sobre cualquier producto de esa índole.

Para condiciones, diríjase la correspondencia a

QUÍMICO INDUSTRIAL
Apartado 216.—Madrid.

Los Contemporáneos

Año XIV.—Núm. 697
1.º Junio 1922

DIRECTOR: AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

2

LA FUNDACIÓN MARTÍNEZ

ACTO PRIMERO

Cuarto de Segundo Espada, primer actor del teatro de la Risa. Una puerta al foro que da a un pasillo en el que se ve la entrada a otros cuartos. Otra en la izquierda que comunica con el tocador. Mobiliario heterogéneo. Un diván deteriorado, un espej › y un velador. En la pared del fondo un cartel superpuesto sobre otros que dice en caracteres bien visibles:

TEATRO DE LA RISA

Función para hoy a las diez y media

ESTRENO

El Solitario de Yuste

Astracanada en dos actos, original de FELIPE MOZO

REPARTO

Roque Yuste.................. ..	Segundo Espada.
Polonia Flores del Campo......	Srta. Regúlez.
Inocente Palomino	Sr. Belón.
Doña Cea de Gete..............	Sra. Gordillo.
Sol Milá Solado...............	Srta. Antúnez.
Frutos del Reino.............. ,	Sr. Ecija.
Canuto Redondo................	Sr. Manzanares.

La acción del primer acto en Madrid, la del segundo en Zaragoza y la del tercero en Alicante.

AVISO

Se suspende la sección vermuth para montar EL SOLITARIO

N › se dan contraseñas de salida.—Se prohibe arrojar objetos al escenario, aunque sea dinero.

Precios de sección archiespecialísima.

Espada, Rosita, Regúlez, Marina *y* Ecija *están vestidos y caracterizados para* El solitario de Yuste, *cuya representación se supone que va a comenzar.*

Los artistas tienen libertad absoluta para vestir este acto. Losdetallistas pueden lucirse estudiando la caricatura de un tipo y los perezosos están autorizados para presentarse como vengan de la calle. Las actrices, si desean lograr un lucimiento personal, se les aconseja que se presenten de heraldos o de pajes con trusa. Cuanto más cortos sean los gregüescos, más lucirán.

Si, en cambio, estiman que el modisto es un gran colaborador en las representaciones, no hay inconveniente en que se gasten el dinero en buenos vestidos de salón, pues como en el resto de la obra ni se toma té ni se baila el tango argentino, no van a tener ocasión para mostrarse elegantes.

Todos, actrices y actores, dentro de esta libertad en la indumentaria y caracterización, se esforzarán en buscar algún detalle cómico; por ejemplo, la que vista trusa, se abrigará con una toquilla; una que lleve traje masculino, aparecerá amamantando a un rorro. El que vista de guerrero, se abrigará con una gabardina y usará lentes, etc.

Espada (*Sale del cuarto-tocador acabando de vestirse y ante el espejo perfecciona la caracterización y se coloca la peluca. Dice a Mozo, joven autor de* El solitario, *que se pasea nerviosísimo, mordiéndose las uñas y haciendo visajes.*) — ¿Qué tal esos nervios, Mozo?

Mozo. — ¿Eh? ¡Me ha asustado usted! Mal, muy mal, como siempre. Estoy que salto como una pelota.

Ecija.—No es para ponerse así. En esta obra puede usted estar tranquilo.

Espada.—Tiene la sal por toneladas.

Ecija.—Una burrada. Es verdaderamente bestial.

Mozo.—Muchas gracias.

Ecija.—Hágame usted el obsequio de un pitillo, que, como estoy vestido, me he dejado arriba la petaca. (*Mozo le da el cigarrillo.*)

Espada.—Yo no me he equivocado. El día de la lectura, al entrar en Contaduría se lo dije a Don Olegario: Eso que nos ha leído Mozo es una verdadera estupendez.

Mozo.—No es inmodestia, pero en esto de hacer gansadas voy a quitar yo muchos moños. Ahora estoy terminando una cosa graciosísima y originalísima. (*Riéndose a grandes carcajadas.*) ¡Un vodevil bíblico! ¡Se titula *El primer baúl* y sucede en tiempos de Noé. (*Riéndose.*) ¡Es un diluvio de chistes desde la primera escena! Aparece Noé terminando de cenar, antes de coger su famosa borrachera, y dice a su hijo:—Cam, mándame otro jarro de vino con Sem. *Cam.*—Mejor sería, padre mío, que tomases una taza de leche con Jafet. *Noé.*—Cam, eres un perro. *Jafet.*—Cam, Cam, por Dios, no contraríes a nuestro anciano padre y baila algo para distraerle. Anda, anda, baila, Cam, Cam, baila... ¡Y así toda la obra!

Espada.—¡Esa es para nosotros!

Mozo.—Se la tengo ofrecida a Arturo Serrano que me ha prometido ponerla con muebles de la época y sacar de verdad todos los animales que fueron en el arca.

Espada.—Nada, nada, Mozo, traiga usted aquí *El baúl*, que no le pesará.

Ecija.—¿Quiere usted darme un papel?

Mozo.—Ya veremos el día del reparto.

Ecija.—¡Digo un papel de fumar!

Mozo.—¡Gracioso! No tengo. Vaya usted a pedírselo al director del sexteto (*Riendo.*) porque ya habrá usted oído decir que cada maestrillo tiene su librillo.

Marina (*Sale del tocador. Es una mujer muy guapa, muy vistosa y viene provocadoramente vestida, bien con malla o bien con traje de* soirée *muy escotado y muy corto.*) —A ver, señor Mozo. ¿Tiene usted algo que decirme?

Mozo.—¡Caray, ya lo creo! Si no estuviera presente su señor esposo le diría a usted una barbaridad.

Marina.—Me parece que no se le puede pedir más al traje de una mala racionista de cinco pesetas.

Mozo.—No, Marinita, no. Con ese traje es usted una primera actriz.

Marina. — ¡Oh! para ser primera actriz, me falta mucho que aprender...

Mozo.—Al contrario. Tiene usted mucho que enseñar.

Rosa (*A Marina.*)—A ver, vuélvete... Es bonito. Me había dicho la Regúlez que te habían hecho un mamarracho y te sentaba muy mal.

Marina.—Te habrá querido decir que la sentaba a ella muy mal que me lo haya hecho.

D. OLEGARIO *(Entrando por el foro.)*—¡No ha quedao ni una butaca!

MOZO *(Siempre nervioso.)*—¡Don Ole, no gaste usted esas bromas que me sincopo!

D. OLEGA *(Tratando de disimular su ordinaria brusquedad o su brusquedad ordinaria con muchas amabilidades.)*—Demasiao sabe usté que vamos a tener un éxito definitivo, señor Mozo. Estas obras *oztimistas plagadas* de chistes son las que gustan en mi teatro. Verá usted como ésta se hace centenaria.

MOZO.—¡Yo, qué lo voy a ver!

ESPADA.—Don Olegario, un siglo me parece demasiada vida para una obra, aunque esté epidemiada de chistes.

MOZO *(Riendo.)*—En Madrid, la única obra centenaria es la Gran Vía.

D. OLEGA.—No se puede hablar con ustedes, los autores *sátiros;* enseguida le sacan punta a todo. Lo que quiero decir es que se la echo cien noches. Usted es de los autores favoritos de esta su casa. *(Entran Antonia y María sugestivamente vestidas.)*

ANTONIA.—¡Vaya una entrada!

MARÍA.—¡Vaya un entradón!

ANTONIA.—Me da el corazón que vamos a tener un éxito.

MARÍA.—Me da el corazón que vamos a tener un exitazo.

ANTONIA.—¡Eres un autor!

MARÍA.—¡Eres un autorazo!

MOZO.—Oye, Antonia, haz el favor de decirme que soy un Vital.

ANTONIA.—¿Para qué?

MOZO.—Para que tu hermana me diga que soy un *Vitalaza.*

ESPADA (*Que ha terminado de caracterizarse escrupulosamente.*) ¿Le gusta a usted el tipo?

MOZO.—Está muy bien, pero muy bien.

D. OLEGA *(A Mozo.)*—Hombre, lo que no está bien, y me va usté a permitir que se lo diga, es esa corbata verde cotorra que se ha puesto usté hoy. Es un poco llamativa para salir a escena.

MOZO.—¡Ah! Pero, ¿es que usted no sabe que yo me pongo esta corbata en todos los estrenos? ¡Es la que me da la suerte!

D. OLEGA.—¡Es particular!

MOZO *(Riéndose.)*—No, señor. ¡Es de punto! Pero con ella pienso llegar a banquero. Me la puse por primera vez en el estreno de *Las tres tablas*, y, como tuve un éxito por carambola, me dije: a mí no se me marcha otra obra por la corbata.

ESPADA.—Por caridad, Mozo, no retruecanee usted así, que estamos recién cenados.

D. OLEGA.—Este hombre tiene más sal que las anchoas. Es el autor *oztimista* más gracioso que ha pisao las bambalinas de mi teatro.

TRASPUNTE *(Desde la puerta del foro.)*—¿Puedo empezar, señor Espada?

ESPADA.—¿Están todos?

TRASPUN.—La señorita Regúlez está terminando de vestirse, pero tarda en salir.

REGÚLEZ (*Entrando.*)—Yo estoy ya vestida.

ESPADA.—Pues, empieza.

MOZO.—¡Ya no tiene remedio! *(Muy nervioso.)* Pero que empiecen cuanto antes, que la impaciencia es peor.

D. OLEGA.—Caramba, señor Mozo, se pone usté que da pena. ¿Quiere usté que le traigan algo? ¿Le mando una taza de tila... un poco de té... un bocadillo?...

MOZO.—Gracias, Don Ole, gracias.

D. OLEGA.—De verdá, ¿eh? no crea usté que se lo ofrezco porque me parece que la obra va a ser un éxito; que a mí no me gusta dar coba.

MOZO.—Lo sé, Don Ole, lo sé.

D. OLEGA.—Pa mí, tan autor es usté como el Arniches, o el Muñoz, o el García; yo, a todos los mido por el mismo *rastrero*, o sea por la Santa Taquilla.

MOZO.—Lo sé, Don Ole, lo sé.

TRASPUN *(Por dentro.)* —¡Voy a empezar!... ¡Voy a empezar!

D. OLEGA.—Con el permiso de usté, voy a echar un vistazo a la *misa* en escena. Y no se ponga usté así, hombre, que, si no gusta, yo puedo decirle a usté, enfadao, cuatro cosas, pero no le voy a pegar, que no soy de esos empresarios brutos que andan por ahí. *(Mutis por el foro.)*

PEPITA.—Por Dios, Mozo, siéntese usted y no haga esos gestos.

MOZO.—No puedo, Pepita, no puedo. Y esto no es nada. En cuanto levantan el telón me pongo para el ataque. En el estreno de *La ruina de Numancia* me tuve que abrazar a la Inestrillas.

PEPITA.—Y el marido le volvió a usted en sí de un puñetazo. Me lo han contado.

MOZO.—Es que mucha gente cree que esto de mis nervios es una *pose.*

MARINA *(A Antonia y María.)* — Vamos, muchachas, que nosotras aparecemos en escena.

ANTONIA *(A Mozo.)*—Anímate, hombre, que por este estreno te vamos a dar un banquete.

MARÍA. — Te vamos a dar un banquetazo. *(Salen las tres, después de santiguarse.)*

ESPADA *(Que repasa el papel.)*—¡El papelito se las trae! ¡Veintidós pliegos!

MOZO. — Y estoy temblando, porque se lo sabe usted nada más que regular.

ESPADA.—Eso era esta tarde, en el ensayo, que estaba preocupado y no hacía más que rezarlo; pero verá usted ahora, con la luz y el colorete, cómo es otra cosa.

ECIJA. — A mal ensayo, buen estreno. No falla nunca.

ESPADA.—Esta relacioncita tiene los demonios en el cuerpo, y como quiere usted que se diga sin tomar aliento... *(Leyendo.)* Al Mediodía del 7 de Julio iban por el Puente de Toledo Luisa Fernanda Mendizábal y Ferraz con el Tutor Don Martín Argensola y Orellana, Luciente la Encomienda de Isabel la Católica y las Veneras de Santiago y Carlos III, Ella Hermosilla y Florida y el Tutor Callao y Pacífico, Afligidos por lo que Don Martín Palma en la Bolsa, pues la Baja Cava en su Tesoro y de la Prosperidad han pasado a las Ventas de Minas, Jardines, Carretas y hasta el Gato y pasan las Negras para sacar la Cabeza. Mira al Río, dice Argensola. Mira al Sol, Luisa Fernanda, qué Tres Peces en Las Aguas. Válgame Dios, contesta la de Mendizábal, en la Sartén con un Bonetillo de la Tahona de las Descalzas harían las Delicias de estos dos Desamparados de El amor de Dios... ¡Desde aquí no puedo seguir sin tomar un coche!

MOZO.—No hace falta. Los aplausos no le dejarán terminar.

ECIJA.—Claro, con las carcajadas no se oye la mitad. Señor Mozo, es usted el amo. Me voy para escena que salgo en seguida. Mi enhorabuena por anticipado... Deme usted un pitillo que, como estoy vestido, me he dejado arriba la petaca. *(Mozo le da el pitillo y Ecija hace mutis.)*

ROSA *(A Mozo.)* — Anda, vamos a ver el público antes que levanten el telón.

MOZO. — Vamos hacia abajo; pero yo no entro en el escenario hasta que empiece la obra. Me da la negra.

ROSA.—¡Anda, que eres más supersticioso que un gitano! *(Se le lleva del brazo.)*

MOZO.—¡Cuidado, no me vayas a hacer salir con el pie izquierdo, que es mala pata!

PEPITA.—¡Querrá usted decir que es mal pie! *(Vánse Mozo y la Antúnez.)*

PEPITA.—¿No ha venido Rafael?

ESPADA.—No le he visto.

PEPITA.—Es extraño. Tampoco ha ido por casa en todo el día.

ESPADA.—Me haces temblar. ¿Habéis tenido algún disgusto? ¡Por Dios, mujer! No le contraríes, que un hombre como Campana no se encuentra tan fácilmente. Si no viene esta noche, luego iré yo por su casa.

PEPITA. — Muchas gracias, señor Espada. No sabe cuánto le agradezco el interés que se toma por mí.

ESPADA. — Por ti y por toda la compañía. A ese hombre le debes ser primera actriz, y a ser tú primera actriz le debe la compañía estar trabajando durante catorce meses y un día, y a estar trabajando la compañía durante tan fabulosa temporada le debo yo no deber nada a nadie, cosa que no me había sucedido desde antes de bautizarme, pues la pila la quedó a deber mi señor padre, diciendo al cura que ya la pagaría yo cuando lo ganase.

PEPITA.—Puede usted estar tranquilo, señor Espada; no hemos tenido ningún disgusto, fuera de las naturales peloteras de Rafael con mi mamá, y que, según ésta, son una especie de *vermuth;* lo mismo que estarle diciendo siempre que Novillo sigue bebiendo los vientos por mí. Y eso es verdad; que no sale del teatro y que, como es tan rico, me daría montes de oro en cuanto le hiciese caso.

ESPADA.—Tu madre es una estratega. Pues, por la parte económica, tampoco hay temor de que Campana encuentre dificultades. Cuando te empeñaste en trabajar en Madrid para consagrarte como primera actriz, me eché a temblar, no por tus méritos, que yo bien sé que llevas dentro una Rejane, sino por el temor de que Campana, quebrantadísimo por nuestra brillantísima campaña por provincias, se quedase aquí hasta sin badajo; pero, gracias a esta combinación que ideé de hacer a Don Olegario empresario de gastos, la pérdida se reduce a la mitad. Esta semana apenas si tendrá que poner mil pesetas para pagarnos, y, si el estreno es un éxito, hasta puede que gane dinero.

PEPITA.—Sí; pero a mí no me agrada este género. Yo quiero ser actriz de alta comedia. A mí deme usted un *Aire de fuera*, deme us-

ted una *Comida de las fieras*, deme usted un *Hombrecito*...

ESPADA.—Y a mí, dame tú *Las vírgenes locas* y verás cómo hago locuras. Yo también estoy rabiando por hacer mi género; porque, aunque me ves desternillante en los actores cómicos y Muñoz Seca me ha dicho que soy el sinvergüenza ideal, a mí me tira lo trágico. En *El puñal del godo*, estoy que doy miedo; en *La muerte civil*, tengo una agonía de tres cuartos de hora; en *El gran galeoto*, gusto tanto como Don Antonio Vico, y en *La peste de Otranto*, otro tanto.

PEPITA.—¿Y por qué no quiere usted que hagamos dramas?

ESPADA.—Porque habría una tragedia. Anteayer le dije a Don Olegario que quería hacer la obra de mis mayores éxitos, mi obra cumbre, *La carcajada*...

PEPITA.—¿Y qué?

ESPADA.—Que se me echó a reir y me contestó que en su teatro no se hacían más que obras optimistas, y que si le volvía a decir en serio lo de *La carcajada* podíamos ir ensayando *Apaga y vámonos*, que también es de repertorio.

REGÚLEZ *(A Mozo, que entra por el foro, muy nervioso.)*—¿Cómo va?

MOZO.—Viene de malas. En todas las escenas primeras, tan graciosas, donde se cuenta que se ha perdido el solitario y que mientras lo buscan está Yuste metido en el cuarto de baño haciendo solitarios, no se han reído ni una sola vez.

ESPADA.—¿Pero no se han metido?

MOZO.—Un poco. Cuando Palomino cuenta que las hermanas Plaza se fueron a pasear a caballo por la Casa de Campo y, en un descuido, le quitaron el caballo a la Plaza mayor.

ESPADA. — Ya le dije yo a usted que ese chiste me parecía demasiado ecuestre.

MOZO.—No han sido más que cuatro gansos que hay en el gallinero y unos pollos que están en un palco con unas grullas, los que han metido la pata.

PEPITA.—¡Pues hijo, está el teatro, según usted, que es una exposición de avicultura.

MOZO.—Muy gracioso; pero perdone usted que no me ría, porque estoy nerviosísimo. Voy a ver cómo cogen el chiste de las zapatillas que ahora mismo deben estar para decirle. *(Hace mutis y, tan pronto como desaparece, se oye a lo lejos un ¡Ah! pavoroso, seguido de fuerte taconeo.)*

ESPADA.—Pues, lo de las zapatillas lo han cogido con los pies.

PEPITA.—¡Ay, Dios mío, la que nos van a dar!

ESPADA.—Sí, que parece que la cosa se va poniendo mal.

PEPITA.—Cuando salga usted puede que entren...

ESPADA.—Puede que entren en el escenario, porque hay que ver los retruécanos que yo digo.

CAMPANA *(Por el foro.)*—¡Buenas noches! *(La Regúlez le vuelve la espalda y guarda silencio, muy enojada.)* ¡Buenas noches!

ESPADA.—Hola, Campanita, buenas noches. Nos tenías muy intranquilos. *(A la Regúlez.)* Pepita, ¿no conoces a este señor? ¿Quiéres que te presente? *(La Regúlez se vuelve, haciendo más patente su enojo.)*

CAMPA.—Mira, Pepita, deja los moños para mejor ocasión, que ésta es así como para soltarse el pelo.

ESPADA.—¿Qué pasa?

CAMPA.—Una catástrofe. Si tienes ahí un revólver que no sea de guardarropía, dámele y avisa a un continental para ponerle cuatro letras al juez de guardia.

ESPADA.—Tú siempre tan cumplido.

PEPITA *(Volviéndose bruscamente.)* — Veamos qué historia ha inventado el caballero.

CAMPANA.—¡Ah! Pero ¿es que os habéis creído que traigo preparado un efecto escénico para justificar una juerguecita? ¡Pues estáis frescos!

ESPADA.—Habla, hombre, habla. Di en dos palabras lo que te pasa, que tenemos que ir a escena.

CAMPANA. — ¿En dos palabras? Pues que no tengo dos pesetas, y que para no verme deshonrado tengo que pegarme dos tiros antes de mañana, a las dos de la tarde.

ESPADA.—¡Campana!

PEPITA.—¡Rafael!

CAMPANA.—¿Qué os parece?

ESPADA.—Espera que me serene, hombre, que eso no son dos palabras, sino un martillazo en los sesos.

PEPITA.—Pero dime, Rafael; dime...

ESPADA.—Cuéntanos, porque seguramente estás obsesionado. Por muy grande que sea ese conflicto en que te encuentras, siempre puede buscarse una solución.

CAMPANA.—Tengo dos para elegir. La de fósforos y la de sublimado.

TRASPUNTE.—Señorita Regúlez, a escena. (*Vase.*)

PEPITA. — Voy. (*A Campana.*) Por Dios, dime en dos palabras de lo que se trata.

ESPADA.—¡No! En dos palabras no, que ya has visto que no sabe preparar los efectos dramáticos, y yo soy cardiaco.

CAMPANA.—Tengo que hacerte una confesión horrible, Pepita... No importa que la oigas tú, Espada... El dinero que me ha costado la brillante temporada que acabamos de realizar por los más importantes teatros de la Mancha, el dinero que te he dado para que ocuparas con decoro el puesto que por tu talento te corresponde en la escena, perdona que use estas palabras que tantas veces me ha repetido tu señora madre; los destrozos que ella ha hecho en las fondas durante nuestra "tournée", los que yo he hecho con el automóvil, todo, en fin, hasta la gasolina que he gastado en mi encededor, no me pertenecía... Me lo enviaba mi tío Floro para el sostenimiento de la fundación que lleva su nombre.

ESPADA.—¿Y ahora?...

CAMPANA.—Ahora que me disponía a descubrir en el jardín de la fundación un busto de mi generoso tío, y que le había telegrafiado diciéndole: "Busto terminado. Mande veinte mil pesetas bronce. Día 13 tendré gusto descubrirle..."

PEPITA.—¿Qué te ha contestado?

CAMPANA.—"El busto es mío. Creo deber asistir descubrimiento. Parto en seguida."

ESPADA.—¡Te ha partido por el eje!

TRASPUNTE. — ¡Señorita Regúlez! ¡Vamos! (*Vase corriendo.*)

PEPITA (*Sin hacer caso al aviso del traspunte.*) No te apures, Rafael, no te apures. Precisamente pedía yo a San Antonio, en mis oraciones, que se me presentara una ocasión de demostrarte que mi cariño es desinteresado. Venderé las alhajas...

TRASPUNTE. — ¡Señorita Regúlez, por la Virgen, que está la escena sola! ¡Vamos!

PEPITA.—Voy. Venderé los muebles, me contrataré en cualquier teatro, aunque sea de partiquina...

TRASPUNTE.—¡¡¡Pepita!!!

PEPITA.—¡Vete a paseo!

TRASPUNTE.—¡Que me falta usted!

PEPITA.—¡No te he dicho nada que te ofenda, estúpido!

TRASPUNTE.—¡Que me falta usted en escena! ¡Que se están metiendo...!

D. OLEGARIO.—¿Qué le pasa a la Regúlez, que no sale? ¡Que están pateando!

ESPADA.—¡Anda, Pepita!

PEPITA.—¡Yo no salgo! ¡Que digan que me he puesto mala!

D. OLEGARIO.—¿Es que quiere usted que derriben el teatro? ¡Vamos! (*Se la lleva casi a rastras.*) ¡Usté sale a escena, aunque sea en mis brazos!

ESPADA.—¡Sólo nos faltaba que pateasen la obra!

CAMPANA.—Ya, ¿qué más da?

ESPADA.—Eso será para ti, que piensas hacer mutis de este mundo y no volver hasta el día en que toquen para que se reunan los huesos con la carne; pero para mí, que tengo que pensar cómo reuno mañana la carne con los garbanzos, es una cosa muy seria. Pero bueno, vamos a ver, ponme en antecedentes de todo esto de tu tío, que puede que el caso no sea tan desesperado como tú crees, que de líos más gordos he salido yo...

CAMPANA.—Pues verás... Al morir mi madre yo llevaba diez años estudiando medicina...

ESPADA.—¿Sabrías una barbaridad?

CAMPANA.—Quiero decir que llevaba diez años matriculándome, porque lo único que sabía era que cada vez que me examinaba me daban suspenso.

ESPADA.—¡Notable!

CAMPANA.—¡Bueno! Pues al morir mi madre, su hermano don Floro Martínez, un hombre admirable, que empezó en la Habana recogiendo colillas y que hoy tiene una de las mejores fábricas de tabacos, y que era el que desde la muerte de mi padre nos daba para vivir, me escribió diciéndome que mi porvenir corría de su cuenta. Yo, afectado por la pérdida de mi madre, conmovido por la generosidad de mi tío, decidí sentar la cabeza, pues ya no iba estando en edad para las calaveradas de estudiante...

ESPADA.—Y terminaste la carrera...

CAMPANA.—No. Le dije a mi tío que la había terminado. No era cosa de darle al pobre ese disgusto, después de lo que estaba pasando.

ESPADA.—¿De modo que no eres médico?

CAMPANA.—Afortunadamente para la Humanidad.

ESPADA.—Sigue.

CAMPANA.—El tío Floro, que siempre recordaba con pena que en sus tiempos de indigencia su mujer murió loca, por no tener dinero para meterla oportunamente en una casa de salud, me propuso fundar en Madrid una filantrópica institución y ponerme al frente de ella. Acepté encantado. Se hizo el edificio, y hace seis años se verificó la inauguración con toda solemnidad y hasta con la suerte de que mi tío, al que la travesía le espanta, pues se marea hasta la parálisis, no asistiera a ella. Mi tío, con toda puntualidad, ha venido girándome diez mil pesetas mensuales para el sostenimiento de su fundación... Esta mañana misma he cobrado las diez mil pesetas correspondientes a este mes...

MOZO (*Por el foro. Nerviosísimo.*)—Me ha matado la obra. El público venía de malas, dispuesto a machacar todos los chistes; pero el retraso en salir Pepita nos ha dado la puntilla. ¡Lástima de obra tan graciosa!

ESPADA.—¿Se han metido mucho?

MOZO.—¡Figúrese usted! La escena sola durante cinco minutos, y Pepita que entra diciendo: "Mi llegada, cuando nadie me espera, va a provocar una tormenta"... ¡Aquello fué un temporal deshecho! (*Se pasea muy nervioso.*) Y luego, a las pocas palabras, lanza un camelo de esos suyos, dirigiéndose al hijo de Yuste. En vez de "Usted es un traidor. Con este puñal sacio mi venganza...", le dice: con este pañal sucio... ¡El delirio!

ESPADA.—¡Sí que se habrá armado buena!

MOZO.—La gorda ha venido después, cuando el hijo de Yuste tiene que contestarla "Señora, usted se equivoca."

ESPADA.—Cuando las cosas se ponen mal... Pero sigue contándome, Campana, que tengo que salir en seguida.

CAMPANA.—Nada más. Ahora llega el tío Floro de la Habana y se encuentra con que su sobrino no es médico, que se ha estando gastando en juergas el dinero que le ha enviado durante seis años, que la fundación está cerrada desde que se inauguró...

MOZO.—No siga usted, hombre. ¡Eso es viejísimo!

CAMPANA.—¿El qué?

MOZO.—El asunto ese. A estas alturas no puede uno descolgarse con el eterno tío de América.

CAMPANA.—¿Pero qué dice este hombre?

ESPADA.—Nada. Que se ha creído que me estabas contando el asunto de un vodevil.

MOZO.—¡Ah! Pero ¿no es para un juguete cómico?

CAMPANA.—No, señor. Es para un drama.

MOZO.—¡Ah, pues peor que peor!

ESPADA.—Mozo, hágame usted el favor de ir hacia el escenario, que me parece que he sentido unas palmadas.

MOZO.—¿Cree usted?... Seguramente en la escena de Ecija se han entregado. Como que es una escena que quita la cabeza. Voy a ver. Nunca he estado tan nervioso como esta noche. (*Vase por el foro.*)

ESPADA (*Después de entornar la puerta.*) ¡Ya está! Mozo me ha dado la idea.

CAMPANA.—¿Qué pasa?

ESPADA.—Que no tienes por qué apurarte. Yo te salvo de este compromiso, o dejo de ser primer actor.

CAMPANA.—No te entiendo.

ESPADA.—Pues es bien sencillo. ¿No has visto que Mozo se ha creído que me estabas contando el asunto de un vodevil? El segundo y el tercer acto corren de mi cuenta. Tu compañía, los estómagos agradecidos de estos artistas, a los que has mantenido durante catorce meses y un día, no pueden abandonarte en la desgracia y representarán en la Fundación Martínez los papeles que yo les reparta.

CAMPANA.—Adivino lo que te propones, y me parece una locura.

ESPADA.—Nada más natural, tratándose de una casa de salud. Tu tío Floro encontrará la fundación poblada de alienados. Tendrá el placer de verse inmortalizado en bronces, y cuando embarque, de regreso a Cuba, la compañía de Segundo Espada, en la que figura como primera actriz la bella y genial Pepita Regúlez, proseguirá su brillante campaña...

CAMPANA.—¡Cómo! Pero ¿serás tú capaz...?

ESPADA.—¿De qué no seré yo capaz ante el temor de perder un empresario como tú?

TRASPUNTE. — Señor Espada, a escena. (*Vase.*)

ESPADA.—Ve madurando el plan. Entre tus antiguos compañeros de carrera busca algún amigo que te envíe algún loco auténtico, porque en algunos actores de la compañía no confío. Hasta ahora. (*Vase.*)

CAMPANA.—¡Caray! El proyecto es arriesgadito. ¡Un vodevil vivido! En el teatro se equivoca uno, y todo se reduce a un pateo,

como el que le están dando a este pobre Mozo; pero aquí nos equivocamos, y mi tío nos patea los sesos.

PEPITA.—¿Qué pasa? Me ha dicho Espada que ya se había resuelto todo, que tú me explicarías...

CAMPANA.—Sí. Se le ha ocurrido una cosa disparatada. Que toda la compañía vaya a la Fundación, cerrada desde que se inauguró, y que os finjáis locos, enfermos, celadores, dependientes...

PEPITA. — ¡Ah, me parece colosal! ¡Eso quería yo! Precisamente pedía a San Antonio en mis oraciones que se me presentara ocasión de hacer una comedia en la realidad, no sobre las tablas de un escenario, ante un público que de antemano sabe que mi acento es fingido y mis palabras una repetición de las del apuntador. ¡Sublime, lo que se dice sublime! Lo único que siento es que tengamos que representar un juguete cómico y no un drama, en el que dependiese de mis lágrimas, de mi trágica inspiración, la vida de todos vosotros...

CAMPANA. — Y te equivocabas. según tu costumbre, y nos habías decapitado.

PEPITA.—Voy a escena. Me da miedo salir. ¡Le están dando un meneo a la obra!... (*Desde el pasillo.*) Mamá, ven al escenario, que tengo que hablarte. (*Mutis.*)

MOZO (*Que viene riñendo con Espada.*)—¡Me están ustedes degollando la comedia!

ESPADA.—¡Pero si es que es un disparate! Ya se lo dije yo a don Olegario a raíz de la lectura. "Esto que nos ha traído Mozo, como lo tomen a mal, queman el teatro..." Y lo están tomando como una ofensa personal.

MOZO.—Es que usted se ha entregado, en vez de defender el papel.

ESPADA.—Pero, hombre, si es que gritan que da miedo.

MOZO.—Van ustedes a conseguir que me dé algo... La Regúlez, que tiene media hora la escena sola, que luego se equivoca cada vez que despega los labios, usted que no da pie con bola... Parece que le pasa algo a toda la compañía. ¡Esto es muy raro!

ESPADA.—Pero, ¿no se ha enterado usted?

MOZO.—¿De qué?

ESPADA.—Del conflicto que se nos ha venido encima.

MOZO. — Yo no estoy para enterarme de nada.

ESPADA.—Se lo voy a contar, a ver si le distrae. Pues verá. Aquí, el amigo Campana, nuestro ideal empresario de compañía, se encuentra en un apuro gravísimo. Su tío don Floro Martínez, que residía en la Habana y le enviaba diez mil pesetas mensuales para sostener la fundación de su nombre...

MOZO.—¡Ah! ¿Pero era de eso de lo que estaban hablando antes?

CAMPANA.—Sí, señor, y como usted creyó que era el asunto de un vodevil, a Espada se le ha ocurrido la idea de sacarme del apuro comprometiendo a la compañía a representar en la cerrada fundación los papeles de locos, enfermeros...

MOZO (*Riéndose.*) — ¡La locura! ¡Hilarídante! ¡Estupendo! ¿Cuándo llega su señor tío?

CAMPANA.—Ya ha llegado. Como me envié el telegrama a la desalquilada fundación, me lo entregaron con retraso, y gracias a que mi tío venía malísimo, pues el mareo es para él una verdadera enfermedad, no se ha descubierto ya todo.

ESPADA.—No me habías aclarado ese detalle, que es muy importante. De modo que tu tío...

CAMPANA.—Está en el Palace desde esta mañana. Cuando yo iba a almorzar me dieron el telegrama y casi al mismo tiempo una carta que mi tío enviaba diciéndome que había llegado, que estaba en la cama y que deseaba conocerme.

MOZO.—¡Ah! Pero, ¿no le conoce a usted?

CAMPANA.—Por retratos, y yo a él ni eso siquiera. Por los cromitos de las sortijas de los cigarros de su fábrica... Pues bien, azorado, viendo encima la catástrofe, no se me ocurrió más que llamar a mi tío por teléfono y decirle que, como médico, le prohibía abandonar el lecho en veinticuatro horas y que me era imposible ir a verle, porque tenía en la Fundación a una loca con un ataque furioso y no podía dejarla...

ESPADA.—¿Y tu tío...?

CAMPANA.—Me dijo que era admirable mi abnegación y que, a su vez, me prohibía que abandonase a la loca.

ESPADA.—Por el momento has conjurado el peligro...

CAMPANA.—Pero nada más que por el momento, pues mi tío me dijo que si a las dos de la tarde de mañana no se le había pasado el ataque a mi alienada, él iría a la Fundación.

ESPADA.—Muy bien, muy bien. Contamos con la mañana para prepararlo todo.

CAMPANA.—O para levantarme yo la tapa de los sesos.

MOZO.—¡Por Dios!

ESPADA.—¡Qué le importa a nadie saber lo que tienes dentro! De esas diez mil pesetas que me has dicho que tienes dame cinco, y tú verás las locuras que hace la compañía.

MOZO. — Permítame usted, señor Espada, que me intercale en el sablazo, pero es que he visto el vodevil. ¡Vaya si le he visto! Tengo una inventiva, que a mi lado Ponson du Terrail es una pome de terre. Deme usted a mí las cinco mil pesetas; esta noche me encierro en mi despacho, hago el plan de la obra, porque lo que vamos a representar es una verdadera obra, con sus situaciones, sus efectos y sus trucos, y mañana...

ESPADA. — Y mañana nos dan una grita como la que nos están dando esta noche.

MOZO.—¡Ah! Pero, ¿es que se desdeña mi colaboración? ¿Es que cree usted que para eso que pretenden hacer no se necesita un autor que idee, que invente?... El eterno error de los cómicos. Ustedes son los albañiles, y nosotros los arquitectos. Ustedes son los encargados de ejecutar lo que nosotros nos sacamos de la cabeza. Ustedes hablan por nuestra boca...

ESPADA.—Y por eso hablamos tanto por boca de ganso...

MOZO.—¡Basta! Después del fracaso que estoy temiendo por su culpa, ésta no se la perdono.

CAMPANA.—Comprenderá usted, buen Mozo, que no estamos para vodevilear.

MOZO.—¿De modo que se hace usted solidario de las manifestaciones de Espada? ¿Quiere usted privarme del inmenso placer de dirigir la farsa? Porque le advierto que para mí no hay placer comparable al de idear una situación, planearla, ir extrayendo la gracia... Yo, trabajando, me río como un tonto a cada chiste que se me ocurre, y como escribo de madrugada, ya me han echado de tres casas por armar escándalo...

TRASPUNTE.—¡Señor Espada, a escena!

ESPADA.—Voy. No insista usted, Mozo; no insista usted. (*Vase por el foro.*)

MOZO (*Yendo tras él*).—¡Ah, ya lo creo! Como que si no me da usted participación, va a tener que sentir...

ZOA (*Por el foro.*)—¿Está usted aquí, señor de Campana? Celebro hallarle aislado para que podamos dialogar confidencialmente. El proyecto que acaba de exponerme mi hija me parece descabellado. ¿He dicho descabellado? Más aún. Completamente alopécico. Usted olvida, señor de Campana, que mi hija se ha criado en holandinos pañales, y no digo blasonados ante el temor de que la verdad parezca hiperbólica. Sólo a causa de los azarantes vaivenes de nuestro navegar por el mar proceloso de la vida convive con la farándula...

ESPADA.—No es ninguna deshonra.

ZOA.—Cierto; pero yo anhelara para ella destinos más altos.

CAMPANA.—¡Como los que tuvo usted...!

ZOA.—Cierto.

CAMPANA.—Como los que tuvo usted exhibiéndose en un alambre vestida de miss Leona.

ZOA.—Señor de Campana, me parece muy mal gusto esa alusión al pretérito.

CAMPANA.—Y a un pretérito bastante imperfecto.

ZOA.—Bueno, corramos un denso velo...

CAMPANA.—Un portier, si usted quiere, con tal de que no me hable más de los pañales ni de los blasones.

ZOA.—No podré evitar el alusionarlos en el asunto que vamos a debatir.

CAMPANA. — Bueno, bueno. Pida usted de una vez lo que quiera, sin rodeos, que no está la Magdalena para gabardinas.

ZOA.—No, si de lo que se trata es de que usted me pida a mí...

CAMPANA.—¡Caray! ¿Que la pida yo a usted? ¿El qué?

ZOA.—La mano de mi hija.

CAMPANA.—¡Señora!

ZOA.—No aspavientee y escuche. Su señor tío está a punto de descubrir la reprochable farsa que con la filantrópica institución por él fundada ha venido usted representando, farsa que, de haber yo conocido a tiempo, de modo alguno hubiera tolerado, porque a mí un dinero que no es de legítima procedencia me torrefacta las manos. Pero ya que han llegado las cosas a este punto, debe usted caer a los pies de su noble y anciano tío y decirle. Por el ciego amor a una mujer hice estas locuras. Perdón para ella y para mí, que también pecó por amor la de Magda, y el de Nazaret la perdonó. Pida usted su ma-

no a su desventurada madre, que gime de dolor y de vergüenza, sin atreverse a erguir la cerviz ni despegar los labios, y una vez que usted eche sus bendiciones sobre nuestras cabezas, los tres viviremos sólo para cuidarle...

CAMPANA.—Doña Zoa, eso acaba usted de leerlo en un folletín de Montepin.

ZOA.—Ya sabía yo que saldría usted por los cerros de Ubeda.

CAMPANA.—Oyéndola a usted se sale por el pico de Teide.

ZOA.—¡Canario!

CAMPANA.—¿Usted cree que por el hecho de proceder mi tío de Cuba es un besugo? Esa historia, a los veinte años, suponiendo que yo estuviera dispuesto a que me echaran el yugo y a tenerla a usted por suegra canónicamente, podría pasar, pero a mi ya madura edad, las calaveradas son de otra índole y si yo le proyectase a mi tío esa película, tenga usted la seguridad de que cerraba la fundación y creaba un tonticomio para darme una plaza a perpetuidad.

ZOA.—¿De modo que esto quiere decir?...

CAMPANA.—Que representaremos la comedia que Pepita se ha brindado a hacer el primer papel y que si todo sale bien, mi tío me dejará unos cuantos miles de pesos para que usted pueda seguir la cruzada contra el café con media, las yemas de coco y el anís del Mono.

ZOA.—Señor de Campana, se coloca usted en una actitud...

ESPADA.—Chico, todo marcha a pedir de boca. He hablado a Ecija, a Manzanares, a mi mujer y a dos o tres más que nos pueden hacer falta, les he ofrecido veinte duros por cabeza y se han anticipado a los acontecimientos.

CAMPANA.—¿Cómo que se han anticipado?

ESPADA.—Que ya se han vuelto locos.

ZOA.—¡Ah! ¿Pero los sueldos en el manicomio serán de veinte duros diurnos?

ESPADA.—Y la mesa puesta.

ZOA.—Pero la primera actriz tendrá algo más.

ESPADA.—Yo pagaré a la compañía y nuestro rumboso empresario se encargará de darle lo suyo a la primera actriz.

ZOA.—Lo suyo y lo mío, porque aunque lleve mucho tiempo alejada de la escena, ante un caso como éste, ni doña Margarita Xirgu desdeñaría un papel.

ESPADA *(Que se pone gabán y sombrero y repasa la caracterización.)*—Anda, vente para el escenario para que les hables y les prometas un banquete si todo sale bien.

CAMPANA.—Mañana mismo os daré la gran comilona en la fundación. Hasta luego, Doña Zoa.

ZOA.—Haga usted el favor de decir al camarero que me lleve al cuarto un te con un poco de aguardiente, que, con estas cosas... *(Vase.)*

CAMPANA *(Desde el pasillo.)*—¡Pschst! Camarero... Lleva al cinco un aguardiente con un poco de te. *(Vase.)*

MOZO *(En el pasillo, frente a la puerta, con Ecija.)*—¿Cómo va? ¿Se ríen ya?

ECIJA.—Si se ríen debe ser por dentro, porque tienen unas caras que parece que acaban de pagar el inquilinato.

MOZO.—¡Con la gracia que tiene la obra! ¡Me la han matado ustedes!... ¡Como no reaccionen al final!...

ECIJA.—No se haga usted ilusiones. Ya le dije yo que la obra era muy gorda y que si la tomaban mal... En fin, voy a vestisme... por si acaso hacemos el segundo acto. *(Mutis.)*

MOZO *(Entrando en el cuarto.)*—¡A mí me da algo esta noche!

NOVILLO *(Un señorito bien.)*—¿A dónde vas, hombre?

MOZO.—Al escenario.

NOVILLO.—Déjalo. Aquí corres menos peligro.

MOZO.—¿Cómo menos peligro?

NOVILLO.—Sí, porque, tal como están, me parece que acaban por subir. Oye, ¿ha venido, por fin, Campana?

MOZO.—Sí. Hace un rato.

NOVILLO.—¡Vaya! Yo que tenía la esperanza de que hubiera un disgusto gordo...

MOZO.—¡Ah! Pero ¿tú no sabes lo que pasa? Campana no tiene dos reales. Todo el dinero que se gastaba con ella es de un tío suyo que se lo manda para sostener una casa de salud. Ahora ha venido el tío y, para que no se descubra el pastel, la compañía se va a prestar a sustituir a los locos. Por eso no dan pie con bola y me están degollando la obra.

NOVILLO.—¿Es de veras? ¡Ahora es cuando esa mujer es para mí! ¡Ahora es cuando yo desbanco a ese estúpido! ¿Quieres ayudarme?

MOZO.—¿Cómo que si quiero? ¡Precisa-

mente iba a proponértelo yo a ti! Necesito vengarme de la trastada que me están haciendo y del desprecio con que Espada y Campana han acogido mis ofrecimientos. ¡Ya verán de lo que es capaz un autor cómico!

NOVILLO.—¡A desbaratarles la combinación!

MOZO.—Pero con gracia. Un bromazo pesado, pero con gracia.

NOVILLO.—Como quieras. Lo que yo necesito es que Campana se quede definitivamente sin dos cuartos y que su tío le haga dejar a Pepita.

MOZO.—Y yo que vean que con un autor de mi categoría no se puede jugar.

NOVILLO.—¡A vengarnos!

MOZO.—¡A vengarnos!... Calla... Está terminando el acto. Voy, voy que me parece que se ríen... y aplauden. *(Váse corriendo y Novillo tras él.) (Dentro se oye un griterío espantoso mezclado con tímidos aplausos.)*

ESPADA *(Entra y se quita con rabia la peluca.)*—¡Mi tía Javiera, qué grita le han dado a la obra!

MANZANARES.—¡Pa mí que no queda una butaca!

D. OLEGA.—Entrarle, entrarle aquí. *(Los actores entran a Mozo accidentado.)*

PEPITA.—¡Ay, yo no puedo más!... ¡Ay, y Mozo desmayado, yo no puedo verlo!... ¡Ay, que me da, que me da! ¡Mamá!... ¡Ay! *(Cae accidentada en una butaca) (Entran Rafael, Ecija y Doña Zoa. Gran confusión, gritos.)*

MARINA.—¡Pobre Mozo! ¡Que le muerdan en el dedo corazón!

D. OLEGA.—¡Yo mismo! *(Muerde el dedo a Mozo, que brinca y salta como una pelota.)*

ZOA.—¡Ay, hija de mi alma!... ¡Ay, ay! *(Cae también desmayada. Mayor confusión.)*

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

Jardín de la fundación Martínez. En la izquierda, primero y segundo término, fachada del edificio con puerta y ventana practicables. La puerta con escalinata. Acceso al jardín por la izquierda y por el último término de la derecha.

Aparecen en escena PEPITA, ESPADA, MANZANARES, ECIJA *y* MARINA. PEPITA *viste amplia túnica blanca y con el pelo suelto se pasea recitando mal, rematadamente mal*:

¡Ay, mísera! ¡Cielos!
¡Torpeza villana!
¿Qué galán desprecia
ventura tan alta?
Pues todos son falsos
le dice indignada:
antes que en tus brazos
me mires incauta
de hacerme tu esposa
me diste palabra.
Leváronle en su ataúd
con el rostro descubierto.
¡Ay no ni, ay, ay, ay no ni!
y sobre su sepultura
Muchas lágrimas llovieron.
Ay no ni, ay, ay, ay no ni.
Nos deja, se va
y no ha de volver.
No, que ya murió.
No vendrá otra vez.
Su barba era nieve
su pelo también.
Se fué ¡dolorosa
partida! se fué.
En vano exhalamos
suspiros por él.
Los cielos piadosos
Descanso le den.

(Versos de la traducción de *Hamlet* de don José Orellana.)

MANZANARES.—¿Te acuerdas de aquel guasón que, en Villarrobledo, al oirte recitar estos versos de la Ofelia, te gritó: ¡Que te peinen! *(Espada, que se pasea gesticulando, rompe en una carcajada histérica prolongadísima.)* ¡Qué gracia le ha hecho a Espada! Yo creí que se acordaba usted. *(Espada sigue riendo.)*

PEPITA.—No le veo la gracia por ningún lado.

MANZANARES.—¿No? ¡Pues mira Espada cómo se revuelca!

ESPADA.—¡Animal! ¿Es que mi risa le puede parecer a nadie una explosión de hilaridad? ¿No te pone los pelos de punta esta carcajada? *(Lanza una carcajada dramática.)* ¡Es una carcajada histérica bien distinta de esta otra, demostrativa del regocijo. *(Ríe como un conejo.)* La he estudiado sobre documentos humanos, y es copia tan fiel de la realidad que, en Bogotá, subió al escenario un médico, porque creyó que me había vuelto loco de veras.

MANZANARES.—Pues yo, la verdad, con el debido respeto, si le veo a usted ponerse así en escena, como soy tan propenso a contagiarme de la risa, echo a perder el drama.

ESPADA.—¡Esas son las consecuencias de la astracanada que bastardea el teatro! Yo antes, con una carcajada de éstas ponía de pie al público, y ahora digo aquello de *Te di un beso antes de matarte; matándome, no puedo menos de espirar sobre tus labios...* y se tumban de risa.

CAMPANA *(Del chalet.)* —Pero, ¿qué hacéis? ¡Que ya ha llegado mi tío! ¿No habéis sentido el automóvil? ¿No os ha avisado Belón? Está sacando la ropa de las maletas y me ha dicho que en seguida quiere visitar la fundación.

ESPADA.—Pero, ¿se va a instalar aquí?

Campana.—¡Sí, hijo, sí! No quiere de ningún modo vivir en el hotel, pues dice que, por atenderle a él, descuidaría yo el manicomio.

ESPADA.—Pues nos va a reventar, porque contábamos con que fuera cosa de tres o cuatro horas, hasta después de la comida... ¿Y se ha presentado antes de que tú fueras a buscarle?

CAMPANA.—Le devoraba la impaciencia de conocerme y de visitar su fundación... Pero bueno, vamos a lo que importa. Di a cada uno lo que tiene que hacer y procurar que cuando entre mi tío dé esto la sensación de que es un manicomio, porque lo tomáis con una calma...

ESPADA.—Descuida, hombre, descuida. Tú, Pepita, sigue ensañándote con el *Hamlet*. Ya sabes que tú eres una célebre actriz a la que volvió loca Linares Becerra haciéndola estrenar catorce dramas policíacos en dos semanas. Tú, Marina, aunque me dé cierta vergüenza decirlo, nunca has servido más que para sacar vasos de agua, así es que, para evitar complicaciones, te harás la tonta. Tú, Manzanares... No sé. Con esa cara de facineroso que Dios te ha dado... Se me había ocurrido que fueses un sabio que, después de haber descubierto la cuadratura del círculo y el movimiento continuo se había vuelto loco tratando de encontrar un cuarto desalquilado; pero, nada. Con esa cara, imposible... Mira. Vas a ser un criminal absuelto por irresponsable, pero que estás aquí en observación para enviarte al patíbulo en cuanto mejores. Tú, Ecija, serás un poeta modernista, y yo, el esposo engañado que perdió la razón al descubrir que su mujer le traicionaba con el profesor de ocarina, con el que se encerraba con el pretexto de tocar a cuatro manos.

CAMPANA.—A los demás ya les he repartido yo papeles de empleados, celadores... A Belón le he hecho mi ayudante, con encargo de no separarse de mi tío y estar a todos los quites. La estatua sedente de mi tío, como ves, está en su sitio. *(Indica hacia un lado.)*

ESPADA.—¿Qué es?

CAMPANA.—No sé. Encargué al de la guardarropía que pusiera cualquier figura y la cubriese con un paño en la forma en que se preparan los monumentos para ser descubiertostos con toda solemnidad. Pepita y su madre se encargaron de estos detalles.

ESPADA.—Pues, andando. A ensayar cada cual lo suyo.

CAMPANA.—Y animaros, que esto más que un manicomio parece un convento. Si mi tío no os oye gritar va a comenzar a escamarse.

MARINA.—Yo no hago nada. Estoy muy harta de que siempre me toque lo peor.

MANZANARES. — Yo tampoco estoy conforme. ¿De dónde ha sacado usted que tengo cara de bandido, cuando he hecho yo más conquistas que Don Jaime? A Ecija, que tie-

de menos categoría que yo, le ha dado usted un papel de importancia.

CAMPANA.—¡Por la Virgen de la Almudena, que no estamos en el teatro!... ¡Dejáos de tonterías!... Y no os estéis callados, que va a bajar mi tío y es preciso que os oiga gritar furiosos, iracundos!... *(Va y viene, vigilando, inquieto, la puerta del chalet.)*

PEPITA.—¡Yo me voy!

ESPADA.—Pero, ¿qué dices?

PEPITA.—Que conozco mi genio y sé que lo voy a echar todo a rodar.

MARINA.—¡Ay, hija, eso de que siempre estemos todos pendientes de tus caprichos!... La que se va soy yo.

PEPITA.—Yo puedo hacer lo que me dé la gana, que para eso soy la primera actriz.

MARINA.—Por lo que todos sabemos.

PEPITA.—¡A mí no me vienes tú con indirectas porque te cruzo la cara! Si no sirves más que para sacar vasos de agua yo no tengo la culpa, ni consiento que te imponga tu marido.

ESPADA.—Yo me libro muy bien de imponerla.

MARINA.—Porque eres un bragazas.

ECIJA.—Lo que yo tengo que aclarar es eso de que Manzanares tiene más categoría que yo.

MANZANARES.—¡A ver! Yo le he hecho los barbas a la Xirgu y los *Tenorios* a la Cobeña.

ECIJA.—¡Mentira!

MANZANARES.—¡Verdad! ¿Tú quién eres?

ESPADA.—No te consiento que me llames bragazas.

MARINA.—La culpa de todo la tiene ésta.

PEPITA.—¿Yo? Tú que tienes la lengua muy larga. *(Todo lo que antecede se dirá a gritos y tapando unos bocadillos a otros. De aquí en adelante todos los personajes hablan al mismo tiempo y en espantosa confusión.)*

BELÓN *(Asomándose a la puerta del chalet.)* ¡Que baja!

CAMPANA.—¡Que me perdéis! ¡Que ya bajan! *(Nadie le hace caso.)*

ESPADA.—Ni como marido ni como primer actor te consiento que me llames bragazas.

PEPITA.—¡Vergüenza te debiera dar!

MARINA.—A ti es muy difícil que te dé, porque no la tienes.

ECIJA.—Yo soy más cómico que tú, aquí y en San Petersburgo.

MANZANARES.—Tú no sirves ni para descalzarme a mí.

MARINA.—¡Yo te arranco a ti el moño!

PEPITA.—¡Que te crees tú eso! *(Escándalo, gritos, gran confusión.)*

LÓPEZ *(En la puerta del chalet.)*—¡Qué gritos!... ¡Pobrecillos!... ¡Sí que están locos de veras!... No sé, hijo mío, cómo lo puedes resistir sin volverte loco tú también.

CAMPANA.—¡Me falta poco!... Mire usted, mire usted cómo se han callado en cuanto me han visto. *(Bajando la voz, dice rápidamente a Espada.)* ¡Que me perdéis! ¡Cada uno a su papel! ¡Pensar que son veinte duros por cabeza! *(Alto.)* Baje usted, tío, baje usted y converse con estos amigos míos.

ESPADA *(Adelantándose.)*—¡Ah, caballero! ¿Viene usted de la calle? ¿Ha visto usted en ella, por casualidad, al ladrón de mi honra?

CAMPANA *(Aparte a López.)*—Sígale usted la corriente.

LÓPEZ.—No. No he visto a nadie. He venido en automóvil.

ESPADA.—¡Ah, el automóvil! ¡El automóvil fué la causa de su perdición primera. Doctor, ¿le puedo contar a este caballero la escena trágica?

CAMPANA.—Sí, sí. Cuente usted.

ESPADA.—Una noche en que la luna no daba su luz tan bella...

CAMPANA *(Aparte a Espada.)*—¡Cuidado, hombre, que viene de Cuba y puede conocer la guajira.

ESPADA.—Aquella mujer, Salvadora, a la que más bien debían haber puesto la perdición de los hombres...

CAMPANA.—(¡Vaya, ahora sale por peteneras!)

ESPADA.—Se dirigió en un automóvil a la Bombilla. En el jardín de un restaurant la esperaban dos hombres. Uno, andaluz, sevillano, y el otro castellano, de la Mancha. Recatándome en la sombra llamé a un camarero, le di dos duros y le dije: "Espíe a aquella mujer." Pronto retornó el camarero, diciéndome: "Uno de los dos es sevillano." "Lo sé— le repuse—, de Triana." "Pues déme usted otro—contestó, alargándome uno de los dos duros." Como ve usted, caballero, en lo más trágico se entrevera lo cómico. Yo no tenía más que aquellos dos miserables duros, y una vez explicado el retruécano supliqué al camarero que procurara pasarle y me informara de todo lo que hiciese mi mujer. Tres segundos y medio después volvió para decirme: "La señora ha pedido un pollo y

un reservado." "¿Y está sola?" "Sola, sí?" "¿Y el sevillano y el manchego?" "Discuten en el jardín sobre la última faena de Belmonte." Respiré con cierta tranquilidad, aunque receloso, pues no era muy correcto que mi mujer se encerrase en un reservado de la Bombilla con un pollo, aunque fuese en pepitoria. Daban las doce en un reloj vecino cuando el camarero volvió para decirme: "Ha pasado el sevillano." Recordando el anterior retruécano, supuse que había logrado colocar el duro dudoso; pero, ¡ah, caballero!, lo que quería decirme era que el pérfido seductor, paisano de don Juan, había pasado al reservado. Monté en cólera, monté el revólver, y supongo, caballero, que usted habrá oído hablar del tiro de la Bombilla.

LÓPEZ.—¡Muchísimo!

ESPADA.—Irrumpí en el reservado y... ¡Ja, ja, ja! (*Lanza su gran carcajada histérica.*)

LÓPEZ.—¡Tiene gracia! ¡Comprendido! Se echó usted a reír al ver que no se trataba de ningún amante, sino de una broma...

MANZANA (*Aparte, a Espada.*)—Está visto que no convence usted a nadie con la carcajada.

CAMPANA.—No, tío, no. No se trataba de ninguna broma. Este caballero dió muerte a la esposa adúltera y al día siguiente se deshizo del burlador de una estocada hasta la bola, digo, hasta el puño.

ESPADA.—Sí, señor. Hasta el puño de la espada.

LÓPEZ.—¡Vaya, vaya!... ¿Y quién es esta mujer tan guapa?

CAMPANA.—Pues... Marina del Rey. Una pobre señora que está tonta.

LÓPEZ.—¡Ah! ¿Sí?

CAMPANA.—Completamente. No se da cuenta de nada. Apenas habla.

LÓPEZ (*Acariciándola.*)—¿No se da cuenta de nada?

CAMPANA.—De nada.

LÓPEZ.—¡Qué lástima! Con lo guapa que es y lo buena moza. (*Sigue acariciándola.*) ¿No se da cuenta de que estoy acariciándola?

CAMPANA.—(¡El que se va a dar cuenta es el marido!)

LÓPEZ.—Y dime, dime, que esta señora me interesa: ¿por qué está así? ¿Qué sabes de ella?

CAMPANA.—Pues... nada... De Marina no sé nada.

LÓPEZ (*Siempre acariciándola.*)—Es una pena, una verdadera pena. ¡Qué durezas tiene el destino, qué durezas! ¿Te encuentras aquí bien, hija mía?

MARINA.—Estoy muy bien, estoy muy bien.

LÓPEZ.—¡Vaya si está bien!

ESPADA (*Aparte, a Campana.*)—Oye, llévate a tu tío, porque no respondo.

CAMPANA.—¡Pero, hombre, si lo hace inocentemente!

ESPADA.—Bueno, pues si no quieres que le quite las muelas que no me toque a la Marina.

LÓPEZ. — Pobrecilla, pobrecilla... Me da verdadera pena. ¿Puedo darla un beso?

CAMPANA.—¡No!

LÓPEZ.—¿Por qué?

CAMPANA.—Porque le podrían dar a usted una bofetada de esas que desmuelarizan.

LÓPEZ.—¿Quién?

CAMPANA.—El marido... El marido burlado, que recordaría lo de la Bombilla.

LÓPEZ.—¡Ah, ya!

CAMPANA.—Vamos. Seguiré enseñándole a usted toda la casa.

LÓPEZ.—No. No te molestes ni dejes solos a tus alienados. Tu ayudante me acompañará. Di que me sirvan otra copita de ron.

CAMPANA.—Como usted quiera.

LÓPEZ.—Vamos, señor Candil.

BELÓN.—Belón. Alfredo Belón, para servirle.

LÓPEZ.—Muy bien, muy bien. Buenos días, señores. (*Vase por el chalet, seguido de Belón.*)

ESPADA.—¡Me parece que me he portado!

CAMPANA.—Sí. Lo de la carcajada te ha salido un poco desigual. Por poco me haces soltar el trapo; pero, en fin, todo ha salido mejor de lo que yo esperaba.

PEPITA.—Pero yo no sé por qué no me habéis dejado intervenir a mí. Tenía preparado un monólogo con trozos de "Reinar después de morir", de "La huérfana de Bruselas" y de "La frescura de la Fuente", que pone los pelos de punta.

ESPADA.—¡Lo creo!

CAMPANA.—Bueno, pues ahora que mi tío ya os ha visto, pasearos por el jardín hablando solos y hacer lo que queráis, pero no os estéis aquí como estatuas.

PEPITA.—Yo me he traído la labor del ensayo.

MANZANARES.—Vamos allí, al sol, que se debe estar al pelo. (*Se van Manzanares, Ma-*

rina y Pepita y quedan en escena Campana, Espada y Ecija.)

ESPADA.—Chico, lo que me preocupa es eso de que tu tío se quiera quedar aquí. Tú calculabas que estaría un par de horas...

GALA (*Del chalet.*) — Esta carta trajeron antes para usted, señor Campana; pero como estaba su tío...

CAMPANA.—Trae. Oye: ¿ha venido ese cocinero amigo tuyo?

GALA.—Sí. Ya está en la cocina.

ESPADA.—¡Ah! Pero, ¿tenemos cocinero?

CAMPANA.—De todo tenemos. Están atendidos todos los menores servicios. Como, afortunadamente, la instalación era completísima y yo no había tocado a nada, sólo ha habido que limpiar el polvo, y con los actores de la compañía se ha cubierto todo el personal. Sólo nos faltaba el cocinero, que no era papel para repartírsele a un cómico, porque el estómago es una cosa muy seria...

ECIJA.—Podía haberse encargado la Gordillo, la característica, que ya recordaréis cómo nos guisaba las patatas durante la "tournée".

CAMPANA.—La Gordillo me hacía falta para hermana de la Caridad... Por cierto que me ha puesto en un aprieto, pues mi tío la ha notado un tufillo a aguardiente que tiraba de espaldas.

ECIJA.—Bueno, pues a ver si el cocinero nos echa bien de comer, que yo he salido de casa con el café bebido, y estoy que me tambaleo.

CAMPANA.—¿Has encargado a tu amigo que prepare un almuerzo espléndido?

GALA.—Sí... Pero verá usted. Mi amigo no ha sido más que cocinero de taberna...

CAMPANA.—No importa. Aunque el menú no sea exquisito, lo principal es que mi tío vea la abundancia que siempre me ha recomendado. He mandado hacer en el mercado una compra estupenda...

GALA.—Bueno, pero es que Pepe ha sido cocinero de una taberna donde no se vendían más que pájaros fritos a la puerta...

ESPADA.—¡Nos va a poner a régimen!

CAMPANA.—Bueno, ya veremos; ya veremos. (*A Gala.*) Anda a tu sitio, en la portería. (*Vase Gala.*) Esta carta será del doctor Bombarda o de Paco Polo, a los que anoche escribí contándoles lo que me pasaba y pidiéndoles que me ayudasen a representar la farsa. (*Leyendo.*) Justo. De Paco Polo. "Querido Campana: Me he reído mucho con lo que me cuentas y te ayudaré a salir del apuro. Precisamente en estos días estoy gestionando una plaza en Ciempozuelos para Celestino Tercero, un primo segundo de mi primera..."

ESPADA.—Eso es una charada.

CAMPANA.—No, hombre. Es que Polo está casado en segundas nupcias. (*Sigue leyendo.*) "Es un infeliz, pacífico aparentemente, pero que sufre frecuentes ataques de locura furiosa muy peligrosos, porque siente impulsos de matar a todo el mundo. Procura no contrariarle en nada..."

ESPADA.—¡Caray, no me hace gracia tener en la compañía un trágico de esos vuelos!

CAMPANA.—Hombre, yo, siguiendo tu indicación, he pensado que convenía que en la Fundación hubiera algún loco auténtico, para que mi tío, viendo la realidad, no tuviera ninguna duda y para que, si las tenía, pudiéramos demostrarle...

ESPADA.— Sí, todo me parece muy bien; pero es que veo el peligro... Sigue leyendo que nos enteremos bien.

CAMPANA.—..."siente impulsos de matar a todo el mundo; procura no contrariarle en nada. Como es natural, él ignora que está loco y va ahí engañado. Si decides mantener abierta la Fundación de tu tío, resérvale una plaza, y sino, reténmele hasta que logre la de Ciempozuelos, porque nos resulta muy peligroso tenerle en casa. También voy a enviarte un fresco, tan fresco, que hiela los vasos de agua al acercárselos a la boca. Ha sido dentista en Marruecos, presidente de una República en América y antropófago en la feria de Valladolid y actualmente tirador emocionante en el Circo de Price. Es listo como él solo. Te comprenderá a media palabra, y como ya va instruído, te puede sacar de cualquier apuro. Suerte, amigo Campana. Te vuelvo a recordar que no contraríes a Celestino, que es muy peligroso, y que, en cambio, te fíes como de ti mismo de Guillermo Tell."

ESPADA.—Al pelo. Uno de esos profesionales de la frescura nos puede ser útil.

ECIJA.—Pero, en cambio, con el otro es para estar con el alma en un hilo.

ESPADA.—Pero no contrariándole...

GALA.—Ahí está un señor que dice que viene de parte del señor Polo.

ESPADA.—¡Remochales! ¿Será el loco o el fresco?

CAMPANA.—Que pase aquí.

GALA.—Pase usted. (*Entra Celestino. Mal vestido, derrotado y con tipo de perfecto sinvergüenza.*)

CELESTINO.—¿El señor Campana?

CAMPANA.—Servidor de usted.

CELESTINO.—Me envía su amigo el doctor Polo...

CAMPANA.—Sí. Acaba de escribirme.

CELESTINO.—Pues aquí me tiene usted a su disposición. (*A Gala.*) ¿Me haría usted el favor de despedir el cochero y pagar al auriga, porque no tengo plata suelta. Una carrera.

CAMPANA.—Toma. (*Le da dos monedas de a peseta.*)

CELESTINO.—¿Qué da usted? ¿Dos pesetas? (*Se las coge a Gala.*) El servicio importa cinco reales y uno de propina, seis.

CAMPANA.—Es que no tengo calderilla.

CELESTINO.—Pues me va usted a permitir. (*Dándole el dinero a Gala.*) Tenga una peseta cincuenta céntimos. No están los tiempos para tirar el dinero. (*Se guarda la peseta.*)

ESPADA (*A Campana.*)—Efectivamente; es de una frescura que acatarra.

CAMPANA (*A Celestino.*)—¿De modo que usted es...?

ECIJA.—¡Que viene su tío! (*Vase paseando y hablando solo.*)

LÓPEZ. — Completísima. Me agrada mucho la instalación. ¡Y qué nuevecito está todo! Parece mentira que al cabo de seis años estén las cosas que parecen recién estrenadas.

CAMPANA.—Tengo el capricho de que todo el que visite la casa diga: "Parece que aquí no ha pisado nadie desde que se inauguró.

LÓPEZ (*A Belón.*)—¿No me traen la otra copita que he pedido?

BELÓN.—Sí. Ya se la he encargado al portero. ¡Gala! El ron.

GALA.—Ya la traía. (*Sirve una copita.*)

BELÓN (*A Campana.*)—Lleva veinte copas.

CAMPANA.—Mejor. A ver si se emborracha.

LÓPEZ (*A Espada.*)—¿Usted gusta?

ESPADA.—Muchas gracias.

LÓPEZ (*A Celestino.*)—¿Usted gusta?

CELESTINO.—Bueno. Por no desairar... (*Se bebe la copa.*)

ESPADA (*A Campana.*)—¡Bueno, a este socio, como le dejemos, tomar tierra, nos desaloja.

LÓPEZ (*Tomando otra copita.*)—Está muy bien todo, muy bien; pero veo con tristeza que no me presentas ningún pensionista curado. Un loco de esos que ya parecen cuerdos.

CAMPANA.—Sí; tengo, tengo... Casi todos están ya curados. Precisamente pensaba organizar una representación teatral para que viera usted que todos los pensionados parecen verdaderos cómicos... Verá usted, verá usted... (*Alto.*) Amigos míos. Para festejar la llegada de mi señor tío a este hotel (*A López.*) (Les hago creer que esto es una fonda) tenemos que preparar algo para divertirle.

ESPADA.—Pues cuente usted con nosotros.

CELESTINO.—Y conmigo. Yo, por mi desgracia, he sido un artista famoso.

LÓPEZ.—¡Ah, sí! ¿Cantante acaso?

CAMPANA.—No. Tirador de rifle.

CELESTINO.—¡Cómo! ¿Lo sabe usted? ¡Ah, ya caigo! Se lo ha dicho a usted el doctor Polo.

CAMPANA.—Si tuviéramos un rifle, vería usted los prodigios que hace.

LÓPEZ (*Aparte, a Campana.*) — Pero ¿te atreverías a poner un rifle en sus manos?

CAMPANA.—¿Por qué no? Así vería usted hasta qué punto estoy convencido de su curación.

CELESTINO.—¡Oh, lo que yo me alegraría de poder tener otra vez un rifle en mis manos! Me emociono sólo de pensarlo. ¡Con el tiempo que hace que yo no tiro!

LÓPEZ.—¿Y tiraba usted bien?

CELESTINO. — Prodigiosamente. Usted se pone así en la mano una pila de duros, y yo, a balazos, me comprometo a ir quitándoselos uno a uno.

ESPADA.—¡Bueno, este socio no quiere manejar el rifle, sino el sable! ¡Se pierde de vista!

LÓPEZ (*A Campana.*) — Pues oye, si tú quieres, casualmente yo tengo un rifle. Te lo traigo como regalo. Un rifle de treinta y dos tiros, fabricación americana. Cosa magnífica.

CAMPANA.—Pues me alegro. Así verá usted la confianza que tengo en la curación de ese desgraciado. (*Alto.*) Mi tío ha traído un rifle. Va usted a poder tirar.

CELESTINO.—¡No me lo diga usted, que me vuelvo loco!

LÓPEZ.—¿Eh?

CELESTINO.—Que me vuelve loco de alegría.

LÓPEZ.—Pues que le traigan. Dile al por-

tero que lo busque en el baulito largo. (*Campana va hacia el chalet y vuelve en seguida.*) ¿Hace mucho tiempo que no tira usted?

CELESTINO.—Desde que maté a mi esposa.

LÓPEZ.—¿Ha matado a su esposa?

CAMPANA.—Sí. El se lo contará a usted. Es muy curioso. Cuente, cuente. (*A Espada.*) Hemos hecho una adquisición ideal.

ESPADA.—¡Calla, hombre; a este socio le contrato yo.

CELESTINO (*Después de mesarse los cabellos.*)—¡Qué dolorosos recuerdos se agolpan en mi mente!... Era en Burgos, en el mes de Enero...

ESPADA.—¡Qué punto más fresco!

CELESTINO. — Mi mujer acababa de hacer sus ejercicios en el alambre, y, como siempre, ciñendo el sonrosado traje de mallas, que le permitía lucir casi por completo su escultural desnudez, salió para acompañarme en mi número de tirador salvaje. Yo salía vestido con una piel de tigre. Cogí mi carabina, y mi mujer tomó la manzana y con la mano extendida se colocó para que yo la hiciese desaparecer de un balazo. Un chusco entonces dijo a mi lado: "Eva ofreciendo a Adán la manzana." Una carcajada acogió el chiste. Yo me azoré, oprimí el gatillo, y la bala partió el corazón de la infeliz Rosaura.

ESPADA.—(¡Qué tío!) (*Trata de contener la risa tapándose la boca.*)

LÓPEZ (*Viéndole reír, a Campana.*)—Oye, tú, que me parece que a ese le da el ataque.

CAMPANA.—No tenga usted cuidado.

GALA.—Aquí está el rifle.

LÓPEZ.—Voy a cargarle. (*Lo hace.*)

CELESTINO.—¡Me emociono, me emociono! Porque sepa usted, caballero, que a causa de aquella tragedia yo perdí la razón y he estado loco varios años, y, claro, jamás me han dejado en las manos un arma...

CAMPANA.—Nada, nada. Gracias a mí está tan cuerdo como usted y como yo. No sabe usted los prodigios que se consiguen con mi tratamiento.

LÓPEZ.—Tenga usted. Ya está cargado con las treinta y dos balas. ¿Hará usted algún tiro curioso?

ESPADA.—Ese que le ha dicho de los duros. Póngase usted veinte en las palmas, y verá cómo los hace desaparecer.

CELESTINO.—No. Ese es el tiro más difícil, y me parece mucho para empezar... Que se ponga el doctor la manzana en la cabeza...

LÓPEZ.—¡Eso, eso!

CAMPANA. — No tengo inconveniente. Así verá usted toda la confianza que tengo.

CELESTINO.—Yo quisiera ensayarme antes un poco, porque con la emoción y el tiempo que ha pasado desde que maté a mi mujer...

CAMPANA.—Ensáyese lo que quiera.

CELESTINO.—Pues con su permiso me iré por ahí detrás y tiraré unos cuantos tiros, pero que no venga nadie, porque me azoro, y si yo me azoro tirando...

CAMPANA.—Ande, ande. Ya sabe que está en su casa.

CELESTINO.—Dentro de cinco minutos estoy a la disposición de ustedes. Mucho gusto, caballero.

LÓPEZ. — Te admiro, sobrino; sobrino, te admiro. A cualquier hora me ponía yo con una manzana en la cabeza delante de un loco armado de un rifle con balas blindadas!...

CAMPANA. — Yo llevo el sacrificio por la ciencia hasta el heroísmo. Reservaba esta prueba decisiva. En cuanto ese hombre dispare unos cuantos tiros puede darse por terminada su curación.

LÓPEZ (*A Belón.*)—¿Me queda algo por visitar, señor Candela?

BELÓN.—Belón.

ÓPEZ.—Es verdad. Usted dispense.

BELÓN.—Los sótanos, la cocina; pero...

CAMPANA.—Enséñasela, enséñasela. Ya verá usted qué gran cocinero tenemos y cómo se prodiga la alimentación, a pesar de lo caro que está todo. Hoy, como a diario, he mandado traer tres pavos, seis gallinas, dos jamones...

LÓPEZ. — Pues voy a terminar la visita mientras el tirador se ensaya. Diga usted que me sirvan otra copita de ron, señor Vela.

BELÓN.—Belón.

LÓPEZ.—Es verdad. (*Mutis con Belón por el chalet.*)

ESPADA.—Chico, me parece que hemos hecho la gran adquisición con ese ventisquero.

CAMPANA.—Admirable. Tenemos que ponernos de acuerdo con él para buscar el medio de que mi tío se marche en seguida.

ESPADA.—Sí, porque tenemos que ir al teatro, que hay ensayo, lectura de obra nueva y función de tarde.

GALA.—Otro señor que viene de parte del señor Polo.

CAMPANA. — ¡El loco! Que pase. (*Vase Gala.*)

ESPADA.—Tú, por Dios, mucho cuidado.

CAMPANA.—Ya has oído que no contrariándole es muy pacífico.

ESPADA.—Sí; pero si se le contraría y le da el ataque siente impulsos homicidas.

GUILLERO (*Por el chalet.*) — Muy buenas. ¿El señor Campana?

CAMPANA.—Servidor de usted.

ESPADA.—Cúbrase.

GUILLERMO.—Es comodidad.

ESPADA.—Háganos el favor...

GUILLERMO.—¡De ningún modo!

CAMPANA (*Aparte, a Espada.*) — ¡Calla, hombre, no le contraríes!

GUILLERO.—Paco Polo me ha rogado que me presentase a usted...

CAMPANA.—Sí. Me ha escrito.

GUILLERMO.—Bueno, entonces no necesito advertirle que yo no estoy loco...

CAMPANA.—Ya, ya... ¡Eso se ve a la legua!

ESPADA.—(¡La manía de todos!)

GUILLERMO.—Aunque no crea usted, que debiera estarlo. ¡Me ha pasado cada cosa en mi vida! (*Le ofrece un pitillo, y Campana se apresura a presentarle la cerilla encendida.*) ¡Usted primero!

CAMPANA.—No. Encienda.

GUILLERMO.—¡He dicho que usted primero!

CAMPANA. — (¡No hay que contrariarle.) (*Enciende.*)

GUILLEMO (*A Espada.*)—Encienda usted. (*Enciende Espada en la cerilla que sostiene Campana.*) Mi vida ha sido una verdadera novela. (*Retiene la mano de Campana que sostiene la cerilla medio consumida.*) Ya ve usted, esto mismo que tengo que hacer ahora... ¡Si viera usted las ganas que tengo de no volver a coger un puñal... (*Da una chupada y sigue reteniendo la mano a Campana, que hace contorsiones porque se quema los dedos.*) ¡Si no fuera por lo que me río al ver que la gente cree que la puedo partir el corazón de una puñalada!

CAMPANA.—¡Ay! (*Tira la cerilla.*) Usted perdone. Tenga otra.

GUILLERMO.—Si ya he encendido. (*Da unas chupadas en el cigarro apagado.*)

ESPADA.—¡Si ya ha encendido! ¿No ves el humo que echa? (*Guillermo le mira extrañado, saca una cerilla y enciende.*)

CAMPANA.—No había encendido, hombre, no había encendido.

GUILLERMO (*Extiende la mano.*)—¿Llueve?

CAMPANA (*Mirando al cielo.*)—No. No hay más que unas nubecillas.

GUILLERMO.—Pues a mí me ha caído una gota...

ESPADA.—¡Claro, y a mí! Como que está cayendo un chaparrón. (*Hacia el chalet.*) ¡Gala, Gala! ¡Un paraguas!

GUILLERMO (*A Campana.*) — El pobrecillo está loco de verdad, ¿no?

CAMPANA.—¡Perdido! ¡Loco perdido!

GUILLERMO. — ¡Ah! Paco me había dado esta tarjeta para que me presentase. Tenga usted. (*Le da una tarjeta.*)

CAMPANA (*Leyéndola.*)—"El dador es Guillermo García, conocido en los carteles del Circo por Guillermo Tell."

ESPADA (*Que ha vuelto.*)—¿Eh?

CAMPANA.—¡Cómo!

GUILLERMO.—Sí. Al tener que agarrarme ahora en el Circo de Price al truco de los puñales se me ocurrió ponerme así.

CAMPANA.—Pero... pero ¿usted no es el pariente del señor Polo?

GUILLERMO.—¡No, hombre! ¡Ese pariente que le iba a enviar está loco de veras! Yo vengo para ayudarle a usted a engañar a su tío...

ESPADA.—¡Mi hermana Pepa!

GUILLERMO.—Ya caigo. Me han tomado ustedes por el otro pobre. Por eso observaba yo algo raro... ¡Tiene gracia!

CAMPANA.—¡Mucha gracia! (*Suena dentro un tiro.*) Mucha... ¡Ay!

GUILLERMO.—¿Qué pasa?

CAMPANA.—¡Ay, que nos la hemos buscado!

ESPADA.—¡Treinta y dos balas blindadas!

CAMPANA.—Y yo con la man..., con la man..., con la manzana en la cabeza para que me la quite.

ESPADA.—¡Lo que te quita es la cabeza! (*Otro tiro.*)

CAMPANA.—¡Vaya si me la quita!... Oye, te vas a poner tú, que para eso eres el primer actor y te doy veinte duros.

ESPADA.—¿Yo con la manzana? ¡Naranjas!

CAMPANA.—Pues yo no me pongo.

ESPADA.—¡No le contraríes, desgraciado, porque si le contrarías y se enfurece teniendo en la mano un rifle...

GUILLERMO.—Pero, ¿quieren ustedes explicarme de lo que se trata?

CAMPANA.—Pues que hemos creído que el otro era usted, y como Polo me decía que era usted tirador le hemos dado un rifle...

GUILLERMO.—¡Valiente lío! No soy tirador de puñal. Un truco que aprendí en América. Tengo un tablero preparado, en el que salen los puñales por resorte, yo hago que los tiro y los escamoteo... Pero ahora que recuerdo. El pariente de Polo era tirador de verdad y mató a su mujer de un balazo.

CAMPANA.—¡Nos lo ha contado, y nos hemos creído que era una invención!

ESPADA.—¡La que hemos hecho!

GUILLERMO.—Si con engaños se le pudiera quitar el rifle...

CAMPANA.—Sí. Eso. Inténtelo usted.

GUILLERMO.—Yo, la verdad, no le conozco y no tengo confianza...

CAMPANA.—Yo le presentaré.

GUILLERMO.—No tengo confianza en que no me largue un tiro.

LÓPEZ (*Con Belón.*) — Preciosa la cocina, preciosa. Pero, oye el cocinero está haciendo un menú muy raro. Le he visto freír los pavos enteros.

CAMPANA. — Un plato nuevo. No se preocupe.

CELESTINO (*Foro.*)—Estoy a las órdenes de ustedes.

LÓPEZ.—¡Ay, el tirador!

CAMPANA.—(¡Mi verdugo!)

LÓPEZ.—Ande, señor Mechero, traiga una manzana.

CAMPANA.—Aguarde usted, que creo que manzanas no hay.

LÓPEZ.—Sí, las hemos visto en la cocina. Por cierto que me ha extrañado que el cocinero también las freía. Ande. Tráigala. (*Vase Belón.*)

CELESTINO.—Estoy de pulso como nunca. Mientras traen la manzana ponga así el cigarro, que le voy a quitar la ceniza.

CAMPANA.—Gracias. ¡No se moleste! (*Espada se apresura a tirar su pitillo y a pisarle.*)

BELÓN.—Aquí está la manzana.

CAMPANA.—¡Caray, qué pequeña!

CELESTINO.—¡Me emociono sólo con verla! ¡Qué recuerdo!...

LÓPEZ.—Oye, sobrino; ¿tienes la seguridad de que está por completo curado?

CAMPANA.—¡Absoluta! Tanta, que en vez de ponerme yo la manzana en la cabeza se la voy a poner a usted.

LÓPEZ.—¡No! ¡Ca! ¡Yo no te quito a ti ese gusto!

CAMPANA.—Pero si el gusto es mío...

CELESTINO. — Vamos. Colóquese usted la manzana, que me impaciento. Me pongo nervioso...

ESPADA (*A Campana.*)—Por Dios, hombre, no le contraríes que va a empezar a tiros.

CAMPANA.—Aguarde usted... Este amigo me está diciendo que quiere colocarse él la manzana...

ESPADA.—No, no. Yo no te quito a ti eso de la cabeza.

LÓPEZ.—Vamos, sobrino, que me vas a hacer creer que tienes miedo, que dudas de la curación del tirador...

CAMPANA.—¿Miedo yo?

CELESTINO.—¡Que me impaciento!... ¡Que me azoro!

GUILLERMO.—Póngase usted, que va a ser peor. La cosa no es para tanto.

CAMPANA. — ¡Caramba, que no! Póngase usted en mi lugar...

GUILLERMO.—No me gusta quitar el puesto a nadie.

CELESTINO.—¿Vamos?

CAMPANA.—(¡Señor mío, Jesucristo!...)

ESPADA.—Ponte aquí, y la manzana así.

CAMPANA. — Aguarda, que me parece que está ladeada.

CELESTINO. — ¡Quieto! Retírense todos... Pero no sé si es usted o mi pulso el que tiembla...

CAMPANA.—Yo... yo no... ¿Por qué, por qué temblar?... Pero si usted quiere lo dejaremos...

CELESTINO.—¡No me lo diga usted ni en broma! Si me quitase usted esta inmensa satisfacción, no sé, pero creo que empezaría a tiros...

ESPADA (*A Campana.*) — ¡Rafael, por tu madre, sacrifícate, o nos mata a todos...

CAMPANA.—¡Todo sea por vosotros!... Colocámela que la vea bien.

ESPADA.—¡Ya está!

CELESTINO.—¡Dejarle solo!... ¡No se agache usted!

CAMPANA.—¡Voy a morir como un conejo!

CELESTINO.—¡Oh, qué placer me da apuntar a la manzana!... ¡Me parece que estoy viendo a la pobre Rosaura! (*Apunta de nuevo, dispara, y la manzana, convenientemente preparada, desaparece arrastrada por un hilo que se sostendrá desde la caja.*)

CAMPANA.—¡Ay!

LÓPEZ.—¡Admirable!

CAMPANA.—¡Venga, venga ese rifle!

GUILLERMO.—Enhorabuena, compañero.

LÓPEZ.—Efectivamente. Está completamente curado.

CAMPANA.—Tan curado, que ahora mismo le vamos a poner en la calle.

LÓPEZ.—No, hombre. Eso no. Que venga su familia. Esta curación, estando yo aquí, hay que solemnizarla. Yo me encargaré. Además quiero socorrerle. Dame, dame tres o cuatro mil pesetas, que yo me he dejado la cartera en el hotel. Venga usted por aquí. Dame el dinero.

CAMPANA.—Lo que usted quiera. Tenga. *(Le da un puñado de billetes. Celestino, López, y Belón se van por el chalet.)* *(A Espada.)*—Oye, ¿de qué color tengo el pelo? Porque, chico, si no se me ha puesto blanco, aquello que cuentan de María Antonieta fué una dulce historia.

ESPADA.—¿Has pasado miedo?

CAMPANA.—¡Un horror!

GALA.—El ayudante del doctor Bombarda y otros dos señores.

ESPADA.—¡Mi suegra Felipa! ¿A que tenemos otra complicación?

CAMPANA.—Calla, hombre; esto termina en que me quedo yo aquí de alienado primero... Diles que pasen. *(Vase Gala por el chalet.)*

ESPADA.—Hay que pensar en la forma de echar a tu tío o de que nos vayamos nosotros. ¡Habrá que ver cómo estará don Olegario, que no sabe nada de esto!

AYUDANTE.—Muy buenos días. ¿El señor Campana? *(Le acompañan dos hombres muy forzudos, dos verdaderos atletas.)*

CAMPANA.—Para servirle. Siéntese.

AYUDANTE *(A los dos que le acompañan.)*—Sentaros.

CAMPANA *(A Espada.)*—Oye, ¿te has fijado en los bíceps que tienen esos dos gachós?

ESPADA.—Si son dos locos, hay para salir corriendo.

CAMPANA.—Usted me dirá.

AYUDANTE.—El doctor Bombarda ha recibido la carta de usted y ha quedado encantado. Ha sido verdaderamente providencial que se le haya ocurrido a usted escribirle...

CAMPANA *(Que mira con recelo a los hércules.)*—Ante todo. ¿Estos dos?...

AYUDANTE. — Vienen para quedarse con usted.

ESPADA.—(¡Mi tía Ramona!)

CAMPANA.—¿Para qué... para quedarse?...

AYUDANTE.—Sí. Son dos verdaderos atletas. El de la derecha levanta doscientos kilos con una mano, y el otro doscientos cincuenta... El doctor Bombarda los tiene a su servicio como enfermeros.

CAMPANA.—¡Qué peso me ha quitado usted de encima!

AYUDANTE.—Le decía a usted que había llegado providencialmente su carta, porque el doctor Bombarda espera, precisamente hoy, la llegada de un alienado peligrosísimo...

ESPADA.—(¡Mi prima Rita!)

AYUDANTE.—Desde el tren se le va a enviar a usted inmediatamente. En cuanto llegue, en el momento que pise la puerta, le dará usted una ducha helada; pero sin perder momento, y a la tarde vendrá el doctor. Le hemos enviado estos dos enfermeros forzudos por si usted no tenía gente práctica. *(Se levanta.)*

CAMPANA. — Bien, pero necesito algunas instrucciones...

AYUDANTE.—Los enfermeros las tienen. En cuanto vea usted llegar a un señor de unos sesenta años, con mosca y bigote blancos, antes de que intente moverse y diga lo que diga, da usted orden de que le cojan éstos, y a la ducha. *(A los enfermeros.)* Aquí os quedais a las órdenes del señor. No se moleste. Adiós. Buenas tardes. *(Váse por el chalet.)*

CAMPANA *(A Espada.)*—¿Qué te parece?

ESPADA.—Que ha hecho muy bien en enviarnos a los dos loqueros, porque nosotros terminamos también en la ducha.

CAMPANA.—¡A propósito!... *(Va hacia el chalet.)* ¡Gala!... Acompaña a estos dos señores a la sala de hidroterapia para que comprueben si funcionan bien todos los aparatos, que puede que estén cerradas las llaves.

GALA.—Muy bien.

CAMPANA *(A los loqueros.)*—Anden con este señor. Cuando haga falta yo les llamaré. *(Los enfermos se van con Gala por el chalet.)*

PEPITA *(Con Marina y Ecija, por el foro.)* Estábamos ahí, junto a la fuente, y hemos visto pasar por la calle a Don Olegario en un coche de punto.

ESPADA.—¡Nos la hemos buscado!

MANZANARES *(Por el foro.)*—¡Que viene Don Olegario!

ESPADA.—¡Da orden de que no le dejen pasar!

CAMPANA.—¡Gala!... ¡Gala! *(Sube al chalet para dar la orden.)*

PEPITA.—¡Se va a descubrir todo!

ECIJA.—Tranquilidad, tranquilidad.

CAMPANA.—Claro: Gala no es tonto y le impedirá el paso. *(Suena dentro del chalet una estruendosa bofetada y Gala baja rodando por las escaleras.)*

DON OLE *(En la puerta del chalet.)*—¡Santas y buenas!

CAMPANA.—Pase usted, don Ole, pase usted, que yo le explicaré...

ESPADA.—(¡Rebambalina. Se ha traído el bastón de los toros!)

DON OLE.—No tienen ustés que explicarme nada. He recibido un anónimo firmado por Felipe Mozo explicándome toda la película, y he venido yo para darle un final emocionante estilo Ajuria.

CAMPANA.—No sé con qué derecho se va usted a meter en lo que pasa en mi casa...

DON OLE.—¿Cómo con qué derecho? ¡Por culpa de usted gritaron anoche la obra, por culpa de usted se han fumado éstos el ensayo de hoy, por culpa de usted he tenido que anunciar que se suspendía la función de hoy...

CAMPANA.—Se le indemnizará.

DON OLE.—Y de la tomadura de pelo, y de las cuatro horas que me he pasado recorriendo to Madrid creyendo que me habían secuestrao la compañía, de eso me indemnizo yo a estacazos. Con que, prepararse, que es la hora de la nómina. *(Enarbola el bastón.)*

PEPITA.—¡Ay, socorro!

ESPADA.—¡No sea usted bruto!

DON OLE.—¿Quién me ha llamado bruto?

ESPADA.—Me parece que ha sido desde la calle.

MANZANARES.—¡Que viene su tío!

DON OLE.—¡Hombre! Lo celebro. Ahora es cuando va a empezar la película.

CAMPANA.—¡Por lo que usted más quiera!...

LÓPEZ.—¿Quién gritaba?

CAMPANA.—Nada, nada... *(Habla a Gala al oído.)* Avisa a los enfermeros en seguida. *(Váse Gala.)*

DON OLE *(A López.)*—Muy buenas, caballero. Tengo el gusto de decirle que tiene usté un sobrino que es un perfecto sinvergüenza, y que todos éstos que vé usté que se hacen los locos son unos malos cómicos que me están haciendo perder hasta la badana del sombrero...

ESPADA.—¡Mentira!

LÓPEZ.—Pero ¿qué dice este hombre?

CAMPANA.—Nada, tío. Es un pobre loco.

DON OLE.—¿Loco yo? ¡Esto se ha acabao! *(Enarbola el garrote.)*

CAMPANA *(Viendo a los enfermeros.)*—Sujeten a ese pensionado. *(Los enfermeros se apoderan de Don Olegario.)*

DON OLE.—¡Socorro! ¡Guardias! ¡Que yo no estoy loco!...

CAMPANA.—No haga usted caso, tío. Todos dicen lo mismo.

DON OLE.—¡Que me suelten! ¡Que no estoy loco, que soy el empresario del teatro de la Risa!

CAMPANA.—¡Cómo desvaría!

DON OLE.—Oiga usté, oiga, caballero, que todos esos son unos sinvergüenzas. ¡Que me suelten, que me los voy a comer!

ESPADA.—¡El ataque! Ya le ha dado el ataque. No haga usted caso. El pobre está perdido.

CAMPANA.—¡A la ducha, a la ducha con él!

DON OLE.—¡¡No!! ¡A la ducha, no! Prefiero la muerte al agua. ¡Socorro!

CAMPANA.—¡Llevárosle, llevárosle!

DON OLE.—¡Granujas! ¡Bandidos!... ¡Si el bañarme no me cuesta la vida, ya me las pagaréis! *(Se le llevan los atletas.)*

LÓPEZ.—¡Qué espectáculo!... Pobrecillo...

GALA.—Señor Campana.

CAMPANA.—¿Qué pasa?

GALA.—Un señor que desea verle inmediatamente.

ESPADA *(Aparte a Campana.)*—¡El loco furioso!

CAMPANA.—(¡Esto no es vivir!) ¿Qué señas tiene?

GALA.—Tendrá unos sesenta años, mosca y bigote blancos, sombrero de jipi, trae unos maletines...

ESPADA *(Aparte a Campana.)*—¡El es!

CAMPANA.—Desde luego. *(Alto.)* Avisa a esos loqueros forzudos y a la ducha con él en seguida, sin dejarle moverse. *(Empuja a Gala hacia el chalet.)* A la ducha con él, tal como viene. ¡Hasta con los maletines! Anda y avísame cuando se la hayan dado. *(Váse Gala.)*

LÓPEZ.—Pero, ¿tú no vas?

CAMPANA. — No. Luego. Cuando no haya peligro. Es un loco furioso que me manda el doctor Bombarda... *(Aparece Doña Zoa por el foro.)*

LÓPEZ.—¿Qué veo? ¿Quién es esa dama?

CAMPANA.—(¡Adiós, a ver si esta buena señora introduce la pata!) Una... una pensionada...

LÓPEZ.—Dile que se acerque.

CAMPANA. — (¡Ah, se me ocurre una idea para que no la introduzca!) Verá usted, tío... Es que esta señora no habla ni una palabra... Lo que se dice ni una palabra. *(Gesto de contrariedad de Doña Zoa.)*

LÓPEZ.—¿Es muda?

CAMPANA.—No, pero se ha encerrado en un hermetismo absoluto. En el momento en que hable, que pronuncie una sola palabra, un monosílabo estaría cuerda y la pondríamos inmediatamente en la calle... Ya lo sabe ella, pero se empeña en no hablar...

LÓPEZ.—¡Es una visión!...

CAMPANA.—Vamos, tío, tanto como una visión...

LÓPEZ.—Quiero decir que esta dama me recuerda a la mujer que más he amado en mi vida... La conocí siendo la reina del alambre... De no haber estado casado hubiera corrido tras ella para decirla: ¡Mi mano, mis ingenios, mis doce millones de pesos, todo es tuyo, escultural criatura!... *(Doña Zoa se ahoga por no poder hablar.)* Y aun hoy, si yo encontrase a la reina del alambre, en recuerdo de aquella pasión, la haría reina de mi corazón...

ESPADA.—(¡Qué complicación!)

PEPITA *(Aparte a Campana.)*—¿Tú oyes, Rafael?

CAMPANA.—No hagas caso, mujer, es que mi tío está loco. *(Alto.)* Tío, no hable usted más a esta señora, que se agita...

LÓPEZ.—¡Déjala! A ver si habla... ¡Ay, si hablase y me pudiera decir si es aquélla!...

ZOA.—¡Ah, caballero!...

CAMPANA.—¡Curada! ¡Curada!... ¡Ya ha hablado!... ¡A la calle en seguida!...

LÓPEZ.—Pero, sobrino...

PEPITA.—¡Rafael!...

CAMPANA.—¡A la calle, a la calle!

ZOA.—¡Caballero!... Yo soy la que usted buscaba. Yo era la reina del alambre...

CAMPANA. — ¡Se ha vuelto loca otra vez! ¡A la ducha!

ESPADA.—(¡Hemos hecho las diez de últimas!)

PEPITA.—¡No, por Dios!

ZOA.—Señor de Martínez, contenga usted a su sobrino que es un sinvergüenza... Yo soy aquélla que le enamoró a usted. Ligéramente cambiada, pero aquélla. Esta es mi mano.

CAMPANA.—No la haga usted caso, que es una loca. Todo lo que dice es mentira...

ESPADA.—Mentira, sí, señor. Está loca perdida.

LÓPEZ.—Pero, sobrino, ¿quieres explicarme lo que aquí ocurre?

ZOA.—Yo tomaré la palabra, con su permiso, o con tu permiso, que el tratamiento entre nosotros resultaría afectado, toda vez que el tálamo nos espera. Nuestro sobrino, mi hijo, pues has de saber que Rafael ama, adora, idolatra a mi hija, y temiendo tu enojo si descubrías que se había gastado lo que le enviabas para sostener nuestra fundación simuló todo esto... Pero, le perdonaremos ¿verdad? Le concederemos la nívea mano de nuestra hija...

CAMPANA.—(¡Suegra y tía en una pieza! ¡Prefiero una bala en los sesos!)

GALA *(Saliendo con los dos fornidos loqueros.)*—A ese señor ya se le ha dado la ducha y, tiritando, le hemos metido en la cama. ¿Qué hacemos?

CAMPANA.—¡Arroparle para que sude!

LÓPEZ.—¿Y tú, qué dices a todo esto, sobrino?

CAMPANA.—¡Pues que todo es verdad, ea! Lo que ha dicho esa señora es cierto; pero no se dará el gustazo de ser mi tía y mi suegra, porque ahora mismo me voy a pegar un tiro...

LÓPEZ *(A los loqueros.)*—Sujétenle. *(Los loqueros lo hacen.)* ¿Está bien seguro? *(Signo afirmativo de los atletas.)* Pues escuche usted, señor Campana... Yo no soy su tío.

CAMPANA.—¿Eh?

ESPADA.—¿Cómo?

LÓPEZ *(Cogiendo el rifle.)*—Quietecitos todos que aún quedan en el rifle treinta balas y estos caballeros se llevarán a la ducha al que se desmande.

CAMPANA. — Pero, ¿se quiere usted explicar?

LÓPEZ.—Sí, señor. Le repito que yo no soy su tío ni he estado en Cuba en mi vida.

ZOA.—¡Ay! *(Se desmaya.)*

LÓPEZ.—Si la señora no sale del desmayo, que la ducheen. *(Doña Zoa se repone inmediatamente.)* Todo lo que aquí ha sucedido es una farsa ideada por un caballero amigo mío, para embromarles.

CAMPANA.—¿Y dónde está el autor?

LÓPEZ.—Aquí está, deseando salir. *(A un*

loquero.) Tráigale. *(Váse el loquero y trae de la mano, por el foro, a Mozo.)*

ESPADA.—¡Mozo!

MOZO. — Servidor de ustedes. *(Se inclina saludando.)*

CAMPANA.—¡Miserable!

ESPADA.—¡Canalla! *(Los sujetan los loqueros.)*

LÓPEZ.—Quietos todos, les he dicho.

CAMPANA.—Es una broma de mal género.

ESPADA.—¡Una cosa intolerable!

MOZO.—Lo mismito que hicieron ustedes anoche conmigo. Ya estoy vengado de la grita y del desprecio con que acogieron ustedes mi concurso.

CAMPANA.—¡Para matarle!

ESPADA.—¿De modo que todo ha sido una farsa?

MOZO.—Los locos que yo he traído eran tan cuerdos como los de ustedes. Proceden de la Catedral de las Variedades. Aquí tienen a los hermanos Goliat, el que le ha quitado a usted la manzana de la cabeza era mister Rodríguez, se ha ido encantado con las tres mil pesetas que le ha dado usted por su trabajo...

GALA.—Pero, ¿y el que acabamos de meter en la ducha?...

MOZO.—¡Ese debe ser su auténtico y legítimo tío!...

CAMPANA.—¡Dios mío!

ESPADA.—¡De Cuba y una ducha helada! ¡Se las ha liado!

CAMPANA.—¡Pobre tío de mi alma!... ¡Esa sí que no se la perdono a usted!... ¡Si a mi tío le pasa algo, no le valen hércules, ni rifles, porque le despedazo.

MARTÍNEZ *(Saliendo por un lateral.)*—¡Gracias, sobrino, gracias!

CAMPANA.—¿Eh?

ESPADA.—¡Mi madre!... ¡Sigue la apoteosis!

PEPITA.—¡Ay!

MARTÍNEZ.—En ese rasgo te reconozco y por él te perdono.

CAMPANA.—Pero, ¿qué es esto?

ESPADA.—¡La locura!

CAMPANA. — Por Dios, explíquense ustedes y que termine ya la broma, porque me vuelvo loco de veras.

MOZO. — Pues por terminada. Aunque mi primer propósito fué jugarles a ustedes una trastada muy gorda y todo estaba preparado para ella, después, de acuerdo con su señor tío, modifiqué el plan, y ya han visto el resultado. A su tío se le ocurrió la idea de convertirse en estatua para poder presenciarlo todo y gozar con la broma.

CAMPANA *(A Martínez.)*—Pero, ¿de veras es usted mi tío?

MARTÍNEZ.—¡Sí, hombre! Ven a mis brazos y cuenta con mi perdón, pues me doy por satisfecho con el ratito que te hemos hecho pasar.

CAMPANA.—Bueno, pero ¿quién es el de la ducha?

MARTÍNEZ.—Nadie.

ESPADA.—¿Y Don Olegario?

MOZO.—A ése le han dado una ducha de un cuarto de hora. ¡Ya estoy cobrado también!

ESPADA.— Hombre, eso me parece muy bien.

MOZO.—Y ahora, usted dirá si la farsa tiene o no tiene gracia.

CAMPANA.—Eso no soy yo el llamado a decirlo, sino el público. *(Adelantándose.)* Ustedes tienen la palabra, señores. *(Telón.)*

FIN DEL JUGUETE

Antonio Fernández Lepina.

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.

Servicios de la Compañía Trasatlántica

Línea de Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 25, de Valencia el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes con escala en New-York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de La Palma, Puerto Rico y Habana. Salida de Colón el 12 para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

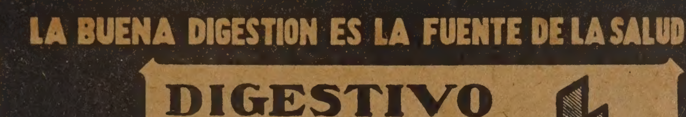
Línea de Fernando Póo.

Servicio mensual saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos Cantábrico a New-York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.







DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS: SUCESORES DE STEINFELDT - CALLE DEL PRADO 15 - MADRID

PECHOS

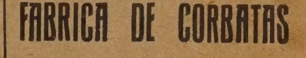
DESARROLLO, BELLEZA y ENDURECIMIENTO EN DOS MESES con

PILDORAS CIRCASIANAS

Dr. Brun. Inofensivas. Aprobado por eminencias médicas. ¡32 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 ptas. frasco. **MADRID**, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; **ZARAGOZA**, Jordán; **VALENCIA**, Cuesta; **GRANADA**, Ocaña; **SAN SEBASTIAN**, Elzaurdy, Tornero; **MURCIA**, Seiquer; **VIGO**, Carrascal; **MALLORCA**, «Centro farmacéutico»; **ALICANTE**, Aznar; **CORUÑA**, Rey; **SANTANDER**, Sotorrío; **SEVILLA**, Espinar; **VALLADOLID**, Llano; **BILBAO**, Barandiarán; **HABANA**, Sarrá; **TRINIDAD**, Bastidá; **PANAMÁ**, «Farmacia Central»; **CIENFUEGOS**, «Cosmopolita»; **CARACAS**, Daboin; **QUITO**, Ortiz; **MANAGUA**, Guerrero; **BARRANQUILLA**, Acosta Madiedo; **PUERTO RICO**, J. Combas Peyork; **MANILA**, Juan Gaspar, Mendoza, 150.-Mandando 6'50 pesetas sellos a Pousarxer, Viladomat, 104, Apartado 481, **BARCELONA**, remítese reservadamente certificado. **Muestra gratis para convencimiento del éxito**

DESCONFIAD DE IMITACIONES

FABRICA DE CORBATAS



géneros de punto.

Elegancia, Surtido y Economía.

12, CAPELLANES, 12

Precio fijo.

SOMBREROS

:—: **REFORMO** :—:

LIMPIO :—: **TIÑO**

Valverde, 3.



NEUTRÁCIDO
ESPAÑOL
VENCE de modo integral y permanente las enfermedades de estómago, hígado e intestinos.
Remedio seriamente científico y *único en el mundo*, por su eficacia y originalísima composición (azufre, calcio y carbono coloidales). *No contiene* los nocivos BISMUTOS, BICARBONATOS, MAGNESIAS, COCAÍNA, MORFINA, etc., que integran todos los demás específicos para el estómago. *No produce* estreñimiento y *lo suprime* totalmente. *Cura* así, el *exceso* como *la falta* de ácidos. *No obliga* al régimen lácteo y permite en breve plazo *comer de todo*, con digestión perfecta. *No tiene* sabor alguno. Nacido al impulso de tenaces trabajos de Clínica y Laboratorio, ha conquistado su prestigio definitivo por la constante formulación que le dispensa nuestra cultísima clase médica.
Frasco: 6 pesetas
También se expenden frascos dobles (medio litro) a 10 pesetas.
El eminente doctor José Luis Madero, profesor de Clínica médica de la Facultad de Medicina de Cádiz y especialista del aparato digestivo, dice en su extenso y notable informe:
..."Entre las modernas conquistas que la actual Terapéutica posee, "Neutrácido Español" ocupa hoy lugar eminente por lo original de su composición y por su eficacia en los más variados y graves procesos morbosos del aparato digestivo, ya que no se limita a mejorarlos, sino que los cura, estando indicado con preferencia a todo otro elemento para combatir las Dispepsias hiperclorhídricas y anaclorhídricas, dilatación y úlcera de estómago, gastritis subaguda... etc."
Solicite Vd. del concesionario exclusivo D. José Marín Galán, Arjona, 4.—Sevilla, *un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.*